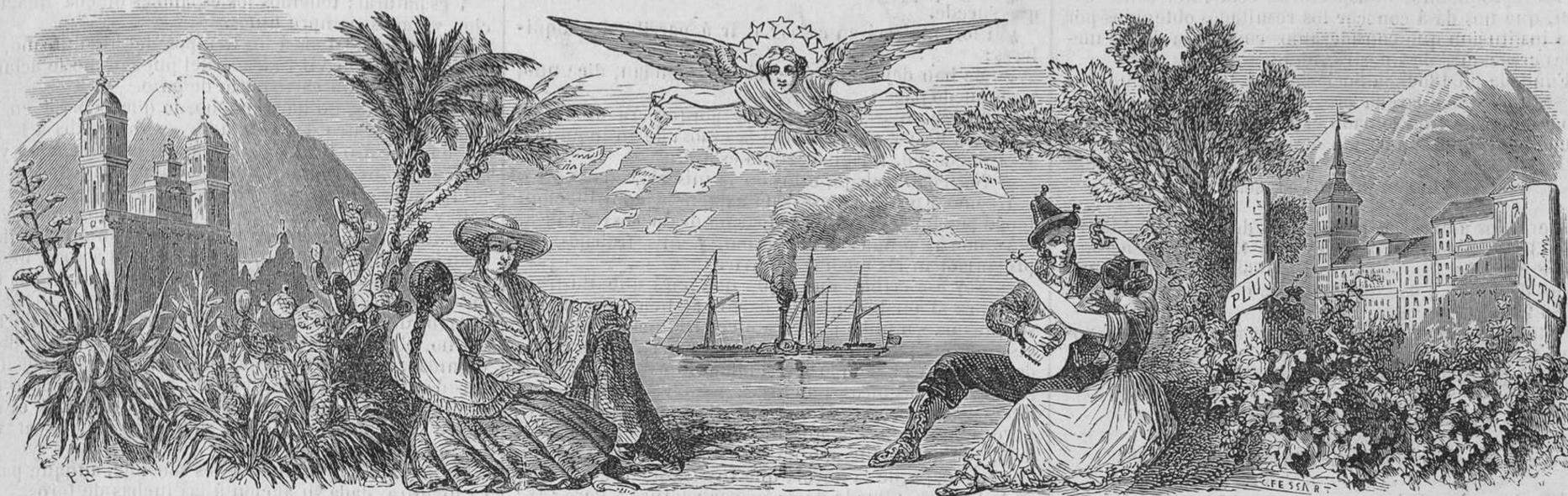


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 10 de *la Moda*.

1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 28. — N° 854.

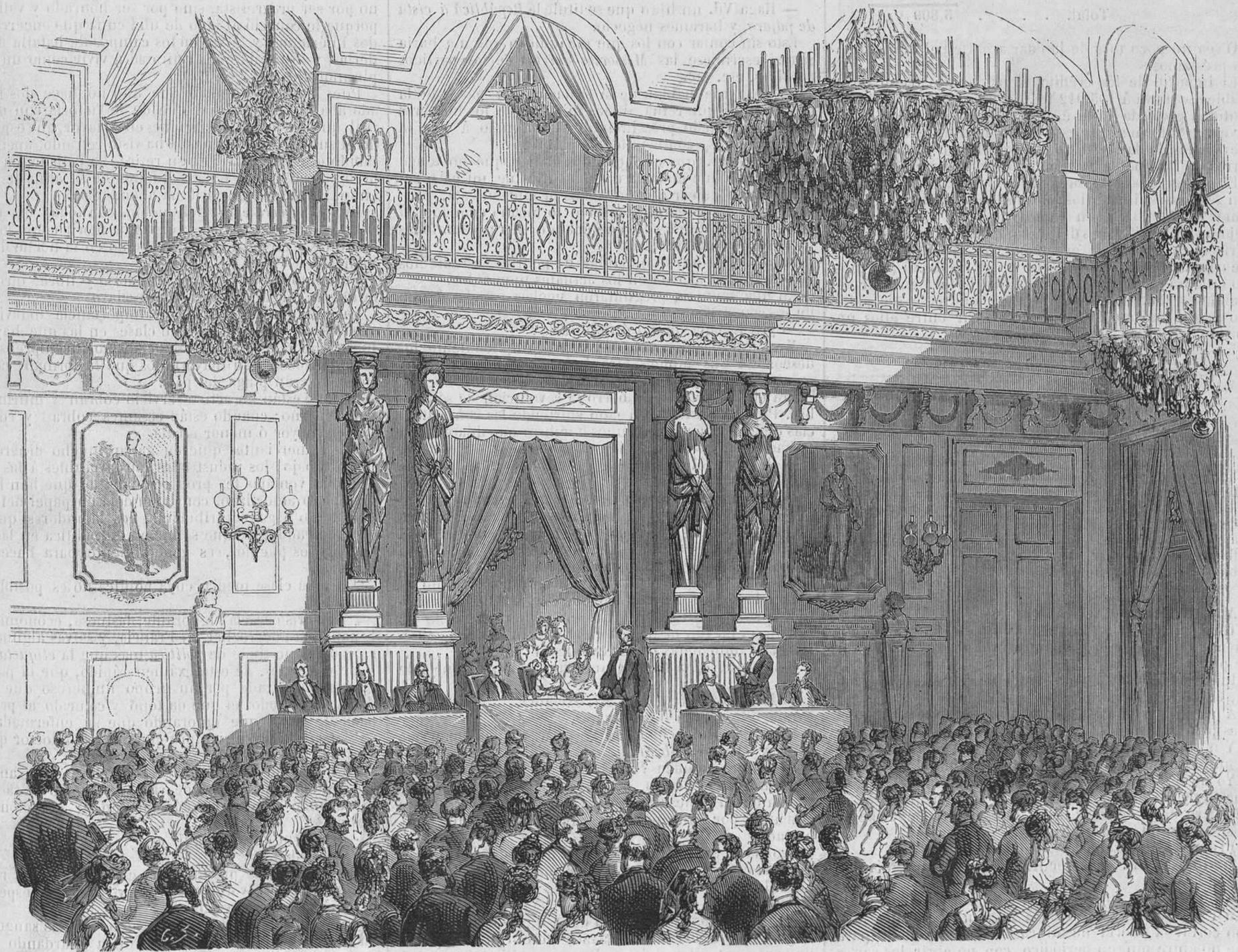
Administracion general, passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Sociedad del Príncipe Imperial; grabado. — Revista española. — Don José María Medina, presidente de la república

de Honduras; grabado. — La Exposicion de Bellas Artes de 1869; grabado. — La peregrinacion á la Meca; grabado. — revista de Paris. — Estudios históricos. — Bendicion de campanas en la Iglesia de San Ambrosio en Paris; grabado. — El Japon; grabados. — El falso Profeta. — Los oficios menu-

dos de Paris, por Darjou; grabados. — La Conserjeria y el Depósito de la Prefectura de policia; grabados. — Manuela, novela original por Eugenio Diaz. — Problemas de ajedrez; grabado. — Iglesia de Boulogne del Sena; grabado. — La estatua de Massena; grabado.



PARIS. — Sesion anual de la Sociedad del Principe Imperial, en el salon de Mariscales del palacio de Tullerias.

Sociedad del Príncipe Imperial.

La emperatriz, acompañada del príncipe imperial, recibió el miércoles 28 de abril en el salón de los Mariscales, en Tullerías, al consejo superior de la Sociedad del Príncipe Imperial. En el primer grabado de este número reproducimos el aspecto de esta interesante sesión, que nos da á conocer los resultados obtenidos por una institución que consideramos como una de las mejores creaciones de nuestro tiempo.

Fundada en 1862, la Sociedad del Príncipe Imperial ha seguido una marcha creciente. Constituida con un modesto capital, ha tomado el incremento que se desprende del siguiente estado de sus operaciones:

DEPARTAMENTO DEL SENA.

Ejercicios anteriores hasta el 31 de marzo de 1868: 17,073 préstamos por una suma de 4.451,627 francos.

Ejercicio del 31 de marzo de 1868, hasta la misma fecha de 1869, 4,086 préstamos por una cantidad de 4.086,990 francos.

Total de las operaciones desde la creación de la Sociedad:

21,159 préstamos por una suma de: 5.633,517 frs.

OTROS DEPARTAMENTOS Y LA ARGELIA.

Ejercicios anteriores hasta el 31 de marzo de 1868:

Suma prestada. 376,210 frs.

Ejercicio 1868-1869:

Suma prestada. 268,241 frs.

Total. 644,421 frs.

SITUACION GENERAL DE LOS REEMBOLSOS EN PARIS Y EN LOS DEPARTAMENTOS

Suma exigible. 3.934,765 50

Suma reembolsada. 3.698,456 97

En cobranza. 236,308 53

El número de los préstamos pagados íntegros, era en 31 de marzo de 1868. 4,662 »

Durante el ejercicio corriente este número se ha aumentado en. 1,147 »

Total. 5,809

O sea un poco más de la cuarta parte del número de los préstamos.

El importe de los créditos considerados como incobrables se eleva á 105,912 frs., esto es, á 1 fr. 75 de la cantidad prestada hasta el día, y M. Fremy hace constar en su informe, que esta pérdida no ha excedido las previsiones de la Sociedad, ni los riesgos que hay que correr en las operaciones de banca ordinarias.

El primer paso está dado ya, y los resultados no pueden ser más satisfactorios; pero si es verdad que aplaudimos la obra, también creemos que no es suficiente. Mejorar las condiciones del trabajo, abrirle crédito, allanarle el camino de la propiedad, hé ahí el gran problema del siglo, problema que no se resolverá por medio de obras filantrópicas. Al capital le toca auxiliar en grande escala al trabajo, si quiere que cese ese peligroso antagonismo que amenaza abrir entre ellos un abismo. L. C.

Revista española.

Política y nada más que política. — Confidencias del revisor y razones en que se apoya para hablar de política. — Estudio sobre el pueblo, la clase media y la aristocracia de España. — El último figurín de la vanidad. — Los ateos. — Asociación de conferencias y lectura. — Influencia de la mujer en la educación y profesión de sus hijos. — Una emparedada.

Aun continuamos en el aire.

Todo sigue paralizado, el país espera que le den un asiento para sentarse y empieza ya á aburrirse de estar de pie.

Ínútil es buscar sucesos agradables en la vida privada, en la vida social.

Aquí todo es política, como el mes anterior, como el mes próximo, si Dios no lo remedia.

Y no hay remedio, es preciso seguir la corriente, ver lo que todos ven, hablar de lo que todos hablan.

Yo no he vivido nunca de la política ni del presupuesto: y sin embargo, he llegado á creer que á pesar de ser yo un trabajador más, necesito preocuparme de la situación de la cosa pública.

¿Tengo ó no razón?

Figúrense Vds. que recurriendo á la filosofía me digo:

— Pues señor, soy un tonto. ¿Qué voy ganando con tomar diariamente el pulso á la política de mi país? Con cerrar la puerta de mi casa herméticamente para que no entre ningún periódico, con no abrir las cartas

que me envíen, con no recibir á nadie, con encerrarme en mi casa, ponerme á trabajar y hablar con mi mujer de nuestros proyectos y jugar alguno que otro rato con mis hijos, llegaré á figurarme que vivo poco menos que en la gloria.

¡Ilusión! ¡vana ilusión!

Si vivo de mis rentas, á la hora de cobrarlas tengo por fuerza que pensar en la cosa pública.

¿Tengo papel del Estado?... los que lo tienen saben lo que sucede.

¿Mi fortuna está en casas? al ir á percibir los alquileres:

— Me han dejado cesante los que mandan, dice uno, y no puedo pagar.

— Mi esposo está desterrado, porque era de los de Gonzalez Bravo, me responde la esposa de un inquilino, y ya puede Vd. imaginar cómo estaré...

— No tengo trabajo, estoy en la miseria, añade otro.

Y como á pesar de esto me exigen la contribucion, tengo por fuerza que preocuparme de la cosa pública.

Yo no soy propietario; escribo, y mis trabajos me proporcionan los medios de vivir.

— Voy á escribir, me digo, una obra que ilustre y moralice al pueblo, que le deleite al menos, agitando sus buenos sentimientos. Para escribirla necesito calma, aislamiento. ¡Qué hermoso es esto! Declaro que cuando consagro el tiempo á estudiar y á escribir libros para evocar las ideas generosas, para recordar las bellezas de la vida, soy el más feliz de los mortales.

Pues figúrense Vds. que me encierro en mi casa un mes; que en este tiempo no oigo ni veo nada, vivo con los personajes de la novela que voy trazando en el seno de la familia. ¿Puede darse mayor ventura? Pero ¡ay! á lo mejor oigo voces en la calle:

— *El monstruo de cien cabezas*, grita un ciego, con el levantamiento de los carlistas.

— *El áncora de salvacion*, grita otro, con la pérdida de Cuba.

¿Quién no cede á la curiosidad?

Compro los periódicos, los leo, me entero de lo que pasa, y adiós mi trabajo.

Pero aun cuando no caiga en la tentacion, aunque cierre los ojos y los oídos ¿qué me pasa al cabo de un mes de trabajo?

Voy á buscar quien me compre mi libro:

— Yo no publico eso, me dice un editor. Si hiciera usted unos cuantos comentarios del proyecto de Constitucion, en seguida los publicaria.

— Trace Vd. en un volumen las biografías de los diputados constituyentes, y se lo pagaré á Vd. bien, me dice otro.

— Haga Vd. un libro que se titule *la República á vista de pájaro*, y haremos negocio.

Esto sin contar con los que me indican que me haria rico si escribiese las *Memorias secretas* de los partidos políticos, etc. etc.

De paso me hablan de la situacion del país, de la desconfianza que reina, de las miserias de los hombres políticos. ¿Puedo prescindir de seguir paso á paso la marcha de los acontecimientos políticos?

Ya ven Vds. que esto es imposible y que no tengo más recurso que meditar en la política de mi país, sin perjuicio de de-ear que entremos pronto en caja, porque yo soy de los que viven bien lo mismo cuando está el país en estado de sitio que cuando se respetan todos los derechos individuales.

Pero ya que hay que hablar de política, estudiemos algo lo que es España en los actuales momentos.

En una reunion, preguntaron noches pasadas á uno de los concurrentes:

— ¿Es España liberal ó absolutista?

Y el interpelado para satisfacer cumplidamente los deseos de sus amigos, trazó dos cuadros de mano maestra que voy á reproducir á mis lectores.

Era el primero el que borró la revolucion de setiembre. Pintaba en él á la nacion sufriendo las consecuencias de la dominacion de unos hombres que dilapidaban la hacienda, que convertian al ciudadano en esclavo, que llevaban al país al más profundo y más triste de los abismos.

— Esto no puede seguir así, decía la nacion.

Luego no era reaccionaria. La indiferencia es el rasgo peculiar de la fisonomía de España: la indiferencia sorprendida por los iniciadores de la revolucion, fué su mayor fuerza en el primer momento.

Después la convirtieron en entusiasmo. Triunfó el principio de la soberanía nacional, se practicó el sufragio, el sol de la libertad brilló en el hermoso cielo de la patria; en fin, nadie ignora cuáles fueron las consecuencias inmediatas de la revolucion.

Sin embargo, la nacion lanza hoy la misma queja de ayer.

— Esto no puede seguir así, exclama.

Luego la nacion no es liberal.

De estas observaciones se desprende que España no es reaccionaria ni liberal.

¿Qué será entonces?

Definiendo lo que es, podrá tal vez hallarse la explicacion de su malestar. La España *no es política*, y sin embargo, por temperamento, por tradicion, ama la libertad.

España es democrática, esencialmente democrática, y sin embargo, necesita su imaginacion la monarquía, las fórmulas, el aparato.

Ved en pequeño lo que pasa.

Aquí tenemos en la Puerta del Sol, al pueblo dando la guardia y todos los milicianos practican con precision, con entusiasmo, las ordenanzas militares.

Ve un miliciano á un oficial del ejército que se acerca, y juzga caso de negra honrilla el hacerle el saludo en toda regla.

El centinela que tiene que decir:

— ¿Quién vive?

— ¿Qué gente?

Y añadir:

— ¡Cabo de guardia!

Se queda satisfecho.

Y es natural; tenemos los españoles mucha imaginacion y somos siempre niños.

Si nos trasladamos á los tiempos del absolutismo, vemos á Fernando VII rodeado del pueblo que le aclamaba y tiraba de un carro ebrio de gozo.

Ved después, no hace mucho, lo que ocurría en Madrid. En el teatro de Novedades se victoreaba á la reina, en el teatro Real se silbaba en su presencia; y no eran pocos los elegantes que se quedaban con el sombrero en la cabeza.

Hay que desengañarse, el pueblo español, todo corazón, todo imaginacion, responderá siempre á todo lo grande, á todo lo bueno, ó mejor dicho á todo lo que se lo parezca, según el cristal que ofrezcan á sus ojos los que sean sus ídolos.

Arrogante, valiente, indómito ante la fuerza, dócil al cariño, el hijo del pueblo tiene el sentimiento de la dignidad, y no se cree menos que el más encopetado aristócrata, cuando este trata de humillarlo; pero que el aristócrata le tienda la mano, que le dispense el más ligero beneficio, y el hijo del pueblo dará su vida por él.

La desgracia le conmueve, es sensible, aunque parezca mentira, dada su afición á las luchas de toros.

El pueblo que degolló á los frailes, se hubiera prosternado ante el pobre y virtuoso cura de aldea que, á través de la nieve llevase el viático á un pobre enfermo de un caserío. Hoy mismo, decidles á los que con tanto júbilo han saludado la revolucion, decidles:

— La que fué vuestra reina, seducida en los albores de su juventud por los que querían apoderarse de su firma, embriagando su alma de placeres, fascinada por fariseos que falsificaban la religion, ha reconocido su error. Ha arrojado fuera de sí á sus malos consejeros, reconoce vuestra soberanía y la acata, es española y ama á su patria ¿queréis que venga?

Si esto fuera posible, se oiría á sus más encarnizados enemigos decir:

— ¡Pobre señora! que venga. Harta desgracia tiene.

Y la perdonarian, y acaso, acaso, no faltaria quien de buena fe tejiese arcos de verde follaje para recibirla.

¿Pero qué más?... ese pueblo que adora á Espartero, no por ser progresista, sino por ser honrado y valiente; porque le conoció al lado de una cuna que encerraba á dos huérfanas, y le vió en los campos de batalla defenderlas, y le vió después retirarse á vivir como un simple mortal.

Pues bien, ese pueblo que aun no hace dos meses adoraba el retrato del duque de la Victoria con manto real, que hacia manifestaciones en su favor, que esperaba de él su felicidad, apenas le ha visto retraído, apenas ha sabido que desea vivir en su retiro, ha callado, ha comprendido su deseo, y si en el fondo de su alma le rinde culto, en la apariencia le ha abandonado.

Esta es la *vera efigie* del pueblo, con todas sus virtudes y con todos sus vicios: capaz de morir como los numantinos y de dejarse apalear como en la noche de San Daniel.

Un hombre puede hacerle dichoso y libre, otro con la misma receta desgraciado y esclavo.

La clase media, de escasa importancia todavía en nuestro país, se compone de clases en las que hay una mezcla de generosidad y de egoísmo incomprensibles.

Empleados en su mayoría los que la forman, constituyen la gran plaga del país.

Cuando están en activo servicio cobran y murmuran del gobierno; cuando están cesantes cobran y conspiran en mayor ó menor escala.

Los comerciantes quieren ganar mucho dinero con poco trabajo; los industriales son favorables á las ideas que mas ventajas les proporcionan; los que han hecho fortuna la amortizan, convirtiéndola en papel del Estado que no paga contribucion; los labradores quieren ser empleados; los que se meten en política en las ciudades y los pueblos, es generalmente para hacer negocio.

Tal es la clase media, cuya política no es posible definir.

¿Y la aristocracia? Ignorante, fastuosa, economiza en España para derrochar en Francia, y salvas algunas excepciones, no tiene de política más que la etiqueta.

Resulta pues, de este exámen rápido, que la política está monopolizada por un grupo numeroso que es el que lo hace todo, el que da tono y colorido al país, al paciente país, que ignorando que su enfermedad es constitucional, cree siempre que el nuevo doctor que le asiste ha de curarle.

Pero cuando ve que todos los doctores le sacan sangre y dinero, por más que varíen el modo de sacárselo, cuando ve que no adelanta en su curacion, exclama:

— ¡Esto no puede seguir así!

Y es verdad.

Cuando el país pronunciaba esta frase tenia razon. Pero vino la revolucion, el nuevo doctor, y esperó.

¿Qué hizo el nuevo doctor?

Lo primero que hizo fué continuar con las sanguijuelas, ó sea la empleomanía. Sin duda guardando á los antiguos médicos las consideraciones que los galenos

se guardan entre sí, renunció á las medidas radicales.

No llamó al país y le dijo:
— Quiero poner coto á los despifarras, liquidar tu caja y darte nueva vida. Te ofrezco todas las libertades; pero necesito para dártelas que confíes en mí, y que me hagas dueño árbitro de tus destinos. Si lo hago mal castígame; si lo hago bien admírame.

Si hubiera establecido la dictadura que salva las sociedades en los momentos críticos, si hubiera tenido el valor de sus convicciones, si hubiera suprimido las dos terceras partes de los empleados, si hubiera acometido todas las reformas perentorias, si hubiera hecho justicia ó todas las aspiraciones, hubiera podido exigir un sacrificio al país, y el país, agradecido, le hubiera dado sus aborros.

Salvada la crisis económica, erigidos el trabajo y la moralidad en salvadores de nuestra sociedad, la Europa que nos admiraba entonces, nos hubiera enviado sus capitales.

El comercio, la industria, la agricultura, hubieran empezado á florecer: el gobierno habría reducido el presupuesto de gastos, habría hecho un equitativo reparto de contribucion, los pueblos descargados habrían respirado, habrían rechazado las sugerencias de los demagogos, estos, desesperados, ó habrían huido ó se habrían adherido á la revolucion; entonces habria sido posible la abolicion de quintas, y la nacion en vez de decir: « Esto no puede seguir asi, » exclamaria alborozada: « Me han salvado. »

Pero para esto hubieran sido preciso otros hombres arriba y otras clases abajo.

No bastan buenas semillas para recoger buenas cosechas.

El terreno y el cultivador son tan indispensables como la semilla.

Hé aquí por qué razon el enfermo sigue mal, empieza á creer que del otro lado estaba mejor, y será capaz si pronto no le curan, de ponerse en manos del primer curandero que le ofrezca consuelos.

Como si los elementos de discordia que hay no fueran bastantes, la cuestion religiosa ha venido á avivar el incendio.

España, país eminentemente católico, se ha visto herida en sus creencias por dos ó tres diputados que se han proclamado enemigos, no de la religion católica, sino de todas las religiones habidas y por haber.

En efecto, el último figurin de la vanidad para el carnaval político en que estamos, ha puesto en moda un caprichoso traje. Con él pueden estar seguros los que le usan, de que no los conocen ni las madres que los han dado á luz.

No crean mis lectores que es un traje de moro, ó de judío, ó siquiera de salvaje antropófago, nada de eso.

Es un traje de ateo, ó como si dijéramos, uno de esos vestidos que para llamar mas la atencion y fijar los ojos de los distraídos, se ponen las que con cierta edad permanecen en estado de merecer y no quieren quedarse para vestir imágenes.

En efecto, ser ateo hoy por hoy es apartarse del vulgo y colocarse á la altura de los fenómenos que de cuando en cuando buscan la admiracion y la bolsa de los curiosos.

Los ateos, sin embargo, se conforman con la admiracion.

Yo no creia que hubiera ateos.

Eso de negar á Dios, me parecia imposible.

Es mas, creia yo que desde esa línea divisoria que separa al hombre del orangutan, no era posible vivir sin sentimientos religiosos.

Suponia yo que las primeras impresiones de la niñez, que las oraciones que nos enseñan nuestras madres en la infancia, que el recuerdo de nuestras mismas madres, que todas esas emociones de la vida, nacidas de la religion ó santificadas por ella, eran bastante para despertar y sostener el sentimiento religioso.

Pero ahora veo que estaba equivocado: ahora veo que se puede ser hombre, que se puede tener talento, que es posible tener madre y tener hijos y no creer en Dios, y no abrigar en el alma el sentimiento religioso.

Solo en las Cortes tenemos tres ateos declarados, por confesion propia.

Ahora bien: cada diputado representa 40,000 electores, cada elector es por regla general jefe ó individuo de una familia y representa cuando menos tres individuos.

Los diputados son tres, que multiplicados por 40,000 dan 120,000 ateos, que multiplicados por tres producen un total de 36,000, suma respetable y hasta ahora desconocida.

Bien dicen que de la discusion brota la luz.
Si la moda se propaga, dentro de poco los cristianos, los que creemos, vamos á parecer á los ateos lo que ahora nos parecen á nosotros los que aun llevan coleta, usan calzon con bragas, y encienden el cigarro con eslabon.

Lo dicho, vamos á quedarnos antiguos. Al paso que vamos asistiremos los españoles á escenas como esta:

- ¡Blasa! ¡ Blasilla!
- Contento vienes, Anton... ¿qué te pasa?
- Que me han hecho ateo.
- ¿Con cuánto al día?
- Con nada, tonta... por ser ateo no dan nada.
- Pues entonces me parece mejor que sigas siendo albañil... porque ya ves, dentro de poco nacerá lo que tengo en las entrañas y si no hay de qué...
- Seré albañil y ateo, lo cortés no quita á lo valiente.
- ¿Y qué es eso de ateo?

— ¡ Toma! eso es no creer en Dios; no tener religion.

— En el nombre del Padre... ¿Y es posible que digas esas blasfemias?

— ¡ Blasfemias lo que dicen en las Cortes los diputados! Figúrate tú si ellos que saben tanto habian de decir blasfemias.

— ¡ Vamos, calla... calla! tú los has entendido mal.

— ¡ Que, no!

— Pues entonces están condenados.

— Já, já... si no hay infierno.

— Pues no decias eso hace un mes cuando se murió el maestro que te ha sacado el jugo tantos años. ¿Te acuerdas? Bien dijiste: « Dios le perdone, que bien lo necesita, porque ha sido tan malo, que hasta con botas ha debido ir á los infiernos. »

— Es que yo no sabia entonces lo que sé ahora, uno se *dilustra* poco á poco.

— Y si no hay infierno, ¿á dónde van los malos?

— Yo qué sé, pero eso no hace al caso para ser ateo.

— Tú te reunes con malas compañías... y si no, á ver lo que me traes.

— Esta semana no he trabajado mas que tres dias y medio... á uno le interesa lo que pasa en las Cortes, va luego á la taberna, vamos, á *dislustrarse* diciendo su opinion, se bebe un trago y se queda á deber. Así es que he tenido que pagar, y no te traigo mas que cuatro pesetas.

— No te lo digo... tú te vas á perder.

— No, tonta.

— ¿Cómo hago la comida con diez y seis reales?... y lo que es mas, el lunes hace el año que se murió tu madre, y tú querrias que dijera don Luis una misa por su alma.

— Es verdad, y lo que es eso no ha de faltar... Mi pobre madre... pero le quedaré á deber la peseta.

Pasan dias, que Anton emplea en consolidar su ateísmo, hablando se les secan las fauces, bebe y se aficiona á beber, la bebida le aleja del trabajo, la ociosidad le pone de un humor de los diablos, cae enfermo, y en esta situacion, sin recursos, sin esperanza, sale de su cuidado su mujer.

¡ Qué situacion!

— ¡ Dios mio! exclama Anton sin acordarse de que es ateo, ¿qué he hecho para llegar á tan mísero estado? ¡ Enviame la muerte que es preferible á tanta desventura!

Pero Dios le envia á la vecina del cuarto principal, señora que ha perdido á su hijo único, que busca consuelo á su dolor, y solo le halla haciendo bien, inspirada por la religion.

Esta señora que sabe que Blasa es honrada, que está en el lecho, que no tiene recursos, ni quien la auxilie en tan apurado trance, sube á la guardilla y se entera de la desgracia de los esposos, los consuela y los ofrece su bolsa.

Gracias á estos auxilios de la caridad, Anton recupera la salud, y al contemplar á su hija, experimenta una felicidad que ha ignorado hasta entonces, una felicidad que le convence de que tiene alma, que le hace comprender y amar á Dios.

Que vayan á Anton, regenerado por la caridad, que vayan á decirle que no debe bautizar á su hija, que no debe enseñarla á ser buena cristiana, que vayan á decirle que no hay gloria y que Dios no premiará á su bienhechora... pero no, que no vayan; herirán el sentimiento religioso que hay en su alma y podria costarles caro.

Este breve ejemplo que mis lectores pueden aplicar á todas las clases de la sociedad y á todas las situaciones de la vida, me hace pensar que el último figurin de la vanidad pasará pronto, y me hace esperar que los ateos de hoy, serán mañana los que con mas fuerza sientan en su alma el fuego de la fe.

Entonces amarán á Dios como el ciego á quien devuelve la vista.

Hablemos de otra cosa.

En medio del volcan de la política se ha creado una sociedad, cuyo objeto recomiendo á mis lectores americanos.

Es una sociedad de oradores y escritores que celebran conferencias y lecturas todos los domingos.

Celebranse las reuniones en el magnífico paraninfo de la Universidad y siempre está lleno el suntuoso y espacioso salon.

Pero lo mejor es, que las señoras y señoritas mas distinguidas de Madrid forman la mayoría del auditorio.

Hasta ahora todas las conferencias, que se imprimen en cuadernos muy lindos, han sido dedicadas á la mujer.

San Roma se ha ocupado de la *educacion social de la mujer*; Rada y Delgado, de la *educacion de la mujer por la historia de otras mujeres*; Corradi, de la *influencia del cristianismo sobre la mujer, la familia y la sociedad*; Labra, de la *mujer y la legislación castellana*; Casas, de la *higiene de la mujer*; Echagaray, de la *conveniencia del estudio de las ciencias naturales para la mujer*; Rodríguez (don Gabriel), de la *conveniencia del estudio de las ciencias morales y económicas*; Onorio, del *matrimonio*, y Moret y Prendergast, de la *influencia de la madre sobre la vocacion y profesion de los hijos*.

Como ven mis lectores, estas conferencias formarán un libro preciosísimo para el bello sexo.

Para dar una idea de lo que son estos trabajos, voy á reproducir algunos párrafos del discurso de Moret.

Son bellísimos.

Hé aquí cómo describe el nacimiento y el desarrollo de la inteligencia humana:

« Principia en el niño, dice, con esa curiosidad persistente con que pregunta á su padre el por qué de todo, fatigándole para conocer la razon de lo que le rodea; se desarrolla en la juventud, en ese sentimiento que lleva al hombre á instruirse y perfeccionarse, persiguiendo con avidez, ideas tras ideas. »

» Llega, en fin, la edad viril, momento de crisis de nuestras ideas, y entonces la ávida curiosidad se va á tornar en razon; pero en todos estos momentos, solo quien está al lado del niño, al lado del jóven, es quien puede formar é iluminar se espíritu al decirle el por qué de las cosas; quien puede únicamente guiar esa razon, todavia inconsciente, es la madre, que contesta á sus preguntas, que se ingenia para hallar la respuesta, á veces imposible, á la infantil curiosidad; que se adelanta á las misteriosas revelaciones de la juventud; que comprende las impacencias del genio que se revela; y ella por tanto debe saber que lo que importa es dar fuerza á esa razon, solidez á esa inteligencia, impidiendo que la curiosidad degeneren en puerilidad, el estudio en pasatiempo, la razon en fantasmagoria; el deseo de saber en preocupacion; que lo que importa, en fin, es que ese espíritu se forme fuerte, vigoroso, enérgico, guía único de nuestros pasos en la vida. »

Pasa á explicar cómo se forma en el niño la sensibilidad y el importante papel que en estos momentos de la vida desempeña la madre.

Desea que esta fije la atencion variable del niño, que desde pequeño le enseñe á meditar sobre las ideas y los objetos que mas tarde han de ser el punto de partida de su razon.

Para explicarse con mas claridad, con mas energia.

« ¡ Cuántas mujeres hay, exclama, que despues de desarrollar sus grandes condiciones han caido en el ridículo, hubieran podido armonizar sus facultades si se les hubiese enseñado desde los primeros años algo de la realidad que sirviera de contrapeso á los desarreglos de su fantasia! ¡ Cuántas mujeres, condenadas á las ocupaciones mas materiales, y cuyo espíritu vive encerrado en una grosera naturaleza habrian visto cambiada su vida si hubieran vertido en su inteligencia algun pensamiento grande, alguna gota de esa inspiracion divina de la poesia! En este equilibrio, en esta armonia, está precisamente el gran problema de la educacion del hombre; de aquí luego la vocacion y la profesion. »

Despues de tan bella y exacta explicacion, define de este modo la vocacion y la profesion.

« De la vocacion á las profesiones, dice, no hay mas que un paso, y permitidme que exponga una idea. Todas las profesiones, todas absolutamente son iguales: todas llevan al hombre á la realizacion de un mismo objeto aunque por diferentes caminos, como los rios corren en tantas direcciones siempre buscando el mar. No es mas que la inclinacion del hombre á seguir una ú otra tendencia, en una ú otra cosa, para responder á su fin, de acuerdo con su organizacion. La senda es igual, lo que importa es conocer la vocacion, el deseo, lo que importa es dar condiciones tales á la vocacion que pueda sin esfuerzo ni fatiga conseguir el fin que se propone, y que bajo cualquiera forma sea lo útil, sea lo grande, sea lo justo lo que realice. »

Y dirigiéndose á las mujeres:

« Pues bien; todo eso, añade, absolutamente todo, os está encomendado, todo depende de vosotras. Bien puede decirse que la vida, el interés de la humanidad está confiado á cada instante á la madre de familia. »

¿ Quién como vosotras, puede comprender la vocacion del niño? ¿ Quién mejor que vosotras podrá dirigirla y prepararla? No hablaré del padre; nosotros, trabajando siempre, pasando la vida fuera del hogar, preocupados ó distraídos, apenas vemos á nuestros hijos y apenas sorprendemos el momento en que marca su inclinacion; nosotros no sabemos halagar sus esperanzas ni animar sus sentimientos; todo esto se nos escapa; apenas si ese mismo alejamiento nos permite obtener el respeto y la autoridad. Vosotras os encontrais en otro caso; vosotras estais siempre al lado de vuestros hijos; vosotras sois los primeros artistas de esa interminable obra de la edificacion del hombre; vosotras sorprendéis las primeras sonrisas en el rostro del niño, falto de expresion para todos, menos para su madre; vosotras solas sabeis descifrar su lenguaje, para todos desconocido, veis nacer y dirigis sus inclinaciones, comprendéis su llanto, en su sonrisa adivinais sus pensamientos, en su turbacion sus ideas, en la expresion de sus ojos el pensamiento que abrigan; y si no comprendéis cuál es la vocacion de vuestros hijos, ó si comprendiéndola, no sabeis dirigirla, entonces ¡ ay de vosotras! porque entonces, como muchas veces sucede, habeis tenido en la mano el fuego sagrado y no habeis sabido alimentarlo. »

Grandes aplausos coronaron este periodo al pronunciarlo el jóven y brillante orador.

Pero no son menos bellas y exactas sus apreciaciones en particular, sobre la educacion en nuestro país.

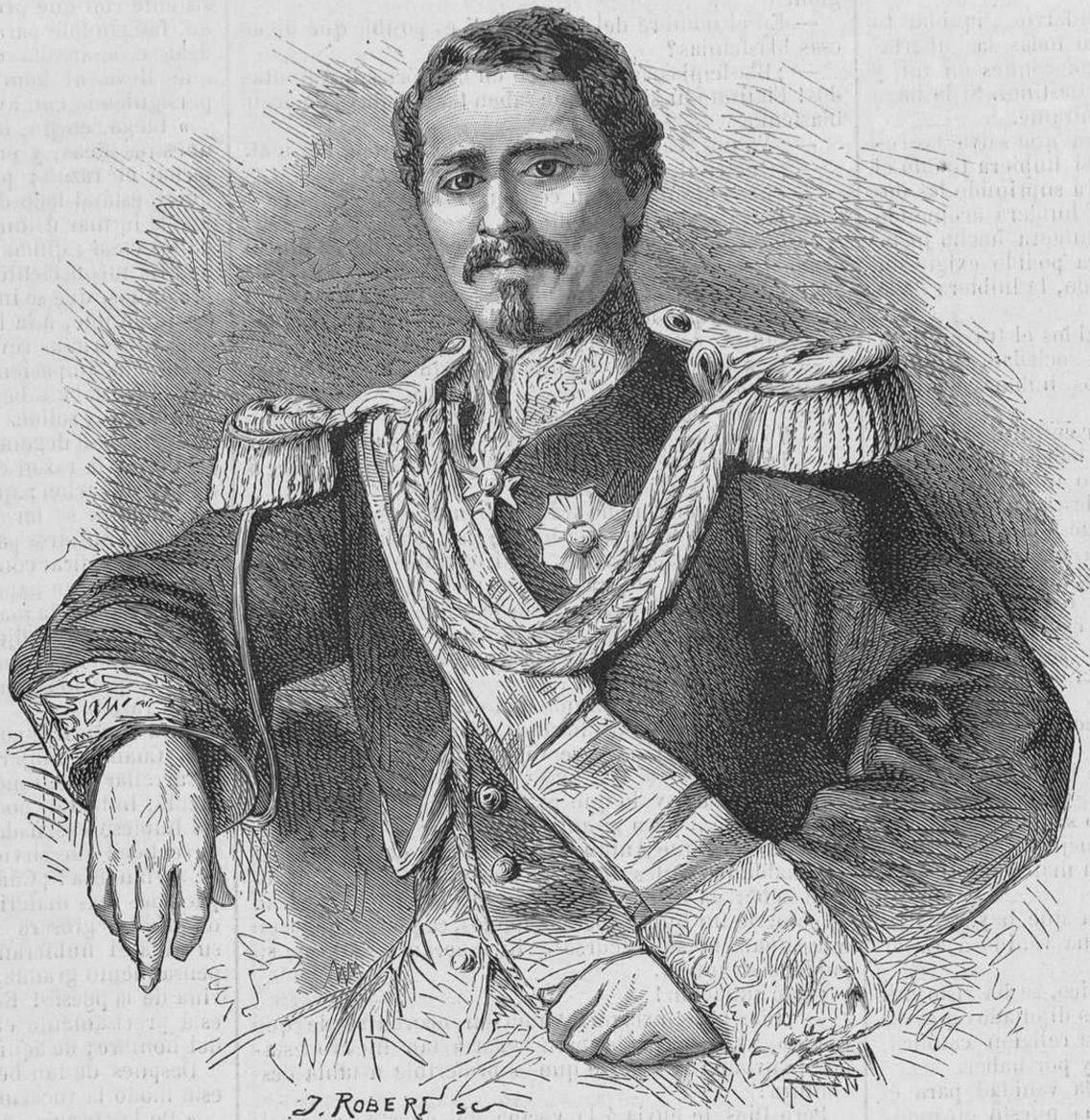
« Yo he visto, decia, casi con miedo, casi con terror, que el carácter de la educacion en España es prescindir de toda la energia individual, es olvidar al niño, es prescindir de sus inclinaciones naturales, es obligarle á vivir dentro de un molde de hierro. Toda originalidad, toda espontaneidad se persigue, se critica, se ahoga; es preciso que el niño copie nuestro pequeño imperfecto modelo, ó se vea hostigado y perseguido, teniendo al fin que sucumbir ó desarrollarse bajo una forma violenta y hostil á todo. Parece que nuestro ideal es tener buenos y tranquilos muchachos, y así lo que se consigue es tener imitadores, pero no creadores; copiantes, pero no artistas. »

Huid de esto por el amor de vuestros hijos; sor-

prended sus aspiraciones, guíadlas, no las contrariéis, lo único bueno que produce el hombre es lo que brota de su interior; la única alegría verdadera es la de realizar sus propias aspiraciones.

Por eso debéis combatir el error fatal de dedicar á los hijos á la profesion de sus padres, solo porque ellos la tienen: hé aqui el medio de hacérseles completamente inútiles.

Si queréis que sepan lo que saben sus padres, enhorabuena; pero no olvidéis ensanchar mas y mas sus horizontes. Si veis al niño sentirse conmovido ante el pobre que le pide una limosna, enseñadle que mas allá hay otros infortunios que importa conocer y consolar; si les halagan los conocimientos científicos, decidles que hay nuevas ideas, que se suceden unas á otras; si quieren crear y componer, contadles la historia de los grandes artistas, que empezaron siempre por pequeñas obras; si sus hábitos y costumbres tienden á diferenciarse de lo comun, corregid lo extraño, pero conservad lo espontáneo; si, en fin, veis que en el momento del peligro, poseidos de entusiasmo, cogen las armas para defender la patria ó las instituciones, no se las quiteis de las manos; no se las pongais, enhorabuena, pero no se las arranqueis, que mas vale llorar algunos años sobre la tumba de



Don José María Medina, presidente de la república de Honduras.

un héroe, que vivir algunos pocos dias al lado de seres empuñados y cobardes. Originalidad ante todo, fuerza y vigor propios, energia individual: la humanidad necesita vivir de sí propia, y el depósito de sus progresos está en la naturaleza de las nuevas generaciones.»

Ya tenéis una idea de lo que son las conferencias.

Solo añadiré que la asociación, ha conmemorado este año el aniversario de la muerte de Cervantes, dando en su loor, en el palacio del Senado una magnífica fiesta literaria.

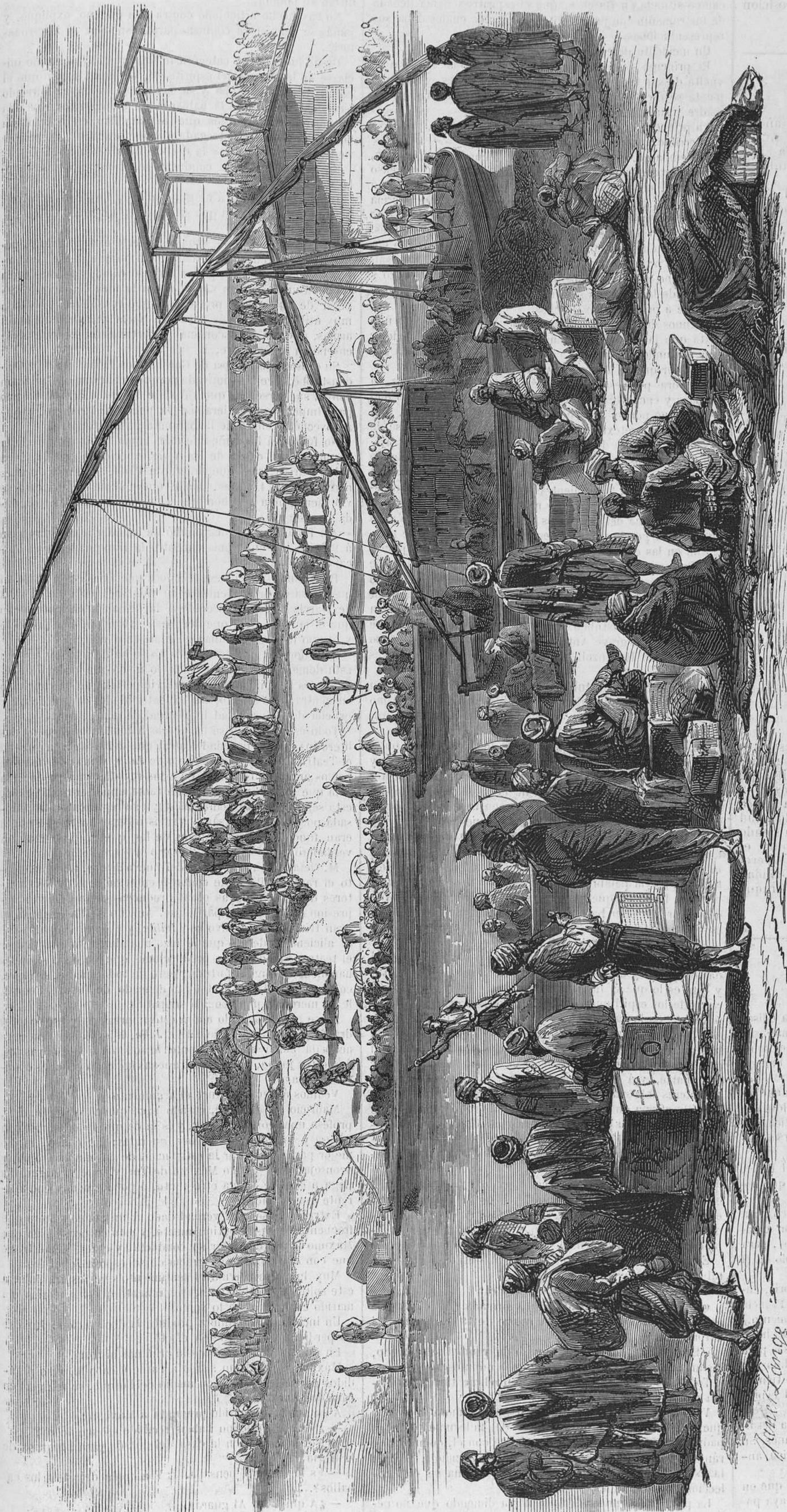
Esto prueba que la política, aunque es avasalladora, no avasalla el amor á las letras.

Y voy á concluir mi revista con una noticia que parece una novela.

El gobernador civil de Madrid recibió no ha mucho tiempo una carta anónima en la que se denunciaba un hecho de suma trascendencia: por vez primera tal vez dicha autoridad se fijó en un escrito á que en otra ocasion no hubiera dado importancia, y obrando con la mayor actividad ha puesto en claro y sometido á la resolución de los tribunales el hecho que voy á referir á mis lectores, tal como públicamente se comenta, en tanto que la justicia no averigüe lo que haya de cierto en las mil versiones á que ha dado lugar. Cuéntase que en el convento de las Arrepentidas de esta



EXPOSICION DE 1869. — Un casamiento protestante en Alsacia, cuadro por M. Brion.



Los peregrinos de la Meca pasando el istmo de Suez. — Embarco de los peregrinos en el canal de agua dulce en Ismailia.

capital se ha tenido *emparedada*, por espacio de cinco años á una señora á quien su esposo, por ofensas que hay quien las juzga infundadas, depositó allí, confiándola á la exquisita vigilancia del sacerdote encargado del mencionado convento. La pobre víctima, que pertenece, según unos á una distinguida familia extranjera, mientras otros aseguran que es española con familia y numerosos amigos en esta capital, la pobre víctima, repito, ha sufrido todos los rigores de la mas austera penitencia. Cónstame, sin embargo, que ha salido de la reclusion; pero no por esto dejará de ser interesante la causa que se siga y ofrezco dar detalles de ella á mis lectores.

JULIO NOMBELA.

Madrid 30 de abril de 1869.

Don José María Medina,

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

DE HONDURAS.

Don José María Medina, cuyo retrato publicamos, es el capitán general, presidente de la república de Honduras.

Dotado de excelentes prendas, don José María Medina llegó joven al poder: á los treinta y dos años, en 1866, sus conciudadanos le elevaron á la magistratura suprema de la república. Oficial, tan bizarro como distinguido, es en política un hombre de progreso y de civilización. Ha sabido defender la honra nacional y hacer respetar la integridad del país, y con su acertada política ha logrado restablecer la paz y el orden en los Estados de la América central.

Esta paz va á dar ya sus frutos: Honduras va á dotar al mundo comercial con una nueva vía de comunicación que ahorrará á la navegación un trayecto marítimo de 4,700 kilómetros. ¡Un gran suceso en la historia del mundo!

Para dar una prueba del prestigio de que disfruta en Honduras don José María Medina, diremos que antes de que se terminara su período presidencial de cuatro años, que comenzaron en 1866, las poblaciones se reunieron en sus colegios municipales, y espontáneamente decidieron mantenerle en el poder sin acudir á las elecciones hasta el año 1874. Este acto es para Honduras la prenda de nuevos progresos en lo porvenir, pues él le asegura la misma política progresiva que tan lealmente practica su presidente don José María Medina.

B. F.

La Exposición

DE BELLAS ARTES DE 1869.

Un Casamiento protestante en la Alsacia, cuadro por M. Brion. — La Alsacia es una de las provincias francesas donde aun se encuentra algo de las tradiciones poéticas del pasado: trajes, habitaciones, todo conserva allí un carácter original y una fisonomía pintoresca.

El artista, M. Brion, ha sabido sacar partido de estos elementos para pintar su cuadro titulado un *Casamiento protestante*. Con una mano apoyada en la Biblia, el sacerdote da á los novios la bendición nupcial, en tanto que las familias, engalanadas con los vestidos de fiesta, asisten con mucho recogimiento á la ceremonia; hé ahí lo que representa en su sencillez esa escena íntima, que nos da á conocer una de las particularidades curiosas de las costumbres del país.

Composicion sóbria y armoniosa y mucha verdad en los detalles, tales son las principales cualidades que

Janet Lange

recomiendan esta pintura, una de las mejores entre los numerosos lienzos de género que hay en la Exposición de Bellas Artes de 1869. P. P.

La peregrinación á la Meca.

La peregrinación á la Meca atrae todos los años á Egipto á una multitud de musulmanes que del África interior, del pié del Atlas, de la Mauritania, de la Libia y aun del Senegal, se dirigen hácia la ciudad santa en donde predicó y murió el Profeta.

La caravana, que sale de Marruecos, costea el Mediterráneo, recluta peregrinos en Argel, en Tunez, en Trípoli y en Barkah, y despues de haber atravesado el desierto libico, llega á Alejandría con unos cuatro mil camellos. De Alejandría pasa al Cairo para reunirse con la caravana de Egipto. En el Cairo los peregrinos nombran su jefe, el *Emir-el-Hadji*, que antiguamente era el mismo bajá, y á este jefe le dan poderes que en parte, son religiosos. Bajo sus órdenes la caravana llega á la Meca, donde pasa como unas cuatro semanas.

Antiguamente el trayecto del Cairo á Suez se hacia en camello, y yo recuerdo haber visto en el camino que seguían los peregrinos un árbol cargado de *ex voto* que los viajeros colgaban de las ramas, sin duda para pedir un feliz regreso.

Sabido es que en el día atraviesa el desierto un canal navegable que lleva las aguas del Nilo al lago *Timsah*, de cuyo modo se puede efectuar en barca tan penoso viaje.

El canal de agua dulce es el resultado mas inmediatamente útil á Egipto que haya tenido la empresa de la abertura del istmo, pues no solo fertiliza el desierto allí por donde pasa, sino que ofrece una preciosa y muy frecuentada via de comunicacion entre el Cairo y Suez. La prosperidad comercial irá cada día en aumento. Esta capital, que es ya en Oriente el centro del progreso bajo todos conceptos, gracias á la ilustrada iniciativa del príncipe que en ella reside, no tendrá así nada que temer del incremento que por causa de la abertura del istmo tomarán necesariamente otras poblaciones egipcias.

El dibujo que ofrecemos á nuestros lectores, muestra á la caravana de la Meca en el momento en que los peregrinos se embarcan en el canal de agua dulce para efectuar su regreso. Todos estos peregrinos, que son tambien comerciantes, traen telas de la India, pañuelos, gomas, perfumes, perlas, y sobre todo el estimado café del Yemen, que llaman *Moka*. Añadiremos que en esa pintoresca confusion de hombres, monturas, bagajes y mercancías, se levantaba antes como un espectro el azote de la India, no hay ya nada alarmante, gracias á las sábias medidas tomadas por orden de Ismail-bajá, que con todo su poder ha secundado los esfuerzos de la Comision sanitaria internacional. La caravana de la Meca habrá cesado pues de ser un peligro para la salud pública de Egipto y de la Europa, y continúa siendo una fuente de riqueza para el Cairo; pues sin contar el negocio que se hace con las mercancías que los peregrinos cambian en los bazares de la capital, la ciudad impone á esos peregrinos un derecho de capitacion que suma un total considerable. D. L. G.

Revista de Paris.

Esta semana se ha hablado mucho en Paris de la odisea espiritista de una señora perteneciente á los círculos mas aristocráticos, la princesa Isabeau de Beauvau-Craon, pues como la justicia ha debido intervenir en el asunto, no se han disimulado en las crónicas los nombres propios.

Esta señora, dotada, como dice su madre, de una peligrosa curiosidad, de un amor innato á lo maravilloso, ha sido victima en sus intereses de las funestas prácticas de ciertos charlatanes. Vamos á resumir á continuacion su singular historia.

En 1867 comenzó á sufrir la influencia de un tal Helle, temido inventor de procedimientos impracticables, que últimamente abrió una casa de baños eléctricos.

En una ciudad como Paris hay siempre un público para gente de esta clase; y ese público se compone por lo comun de personas crédulas, y sobre todo de enfermos, para quienes ha sido impotente la medicina, y que ya solo en el empirismo tienen esperanza.

M. Helle explotaba varias personas de esta categoría, enviaba su agua magnetizada á diferentes puntos de Francia y no hablaba mas que de los prodigios de su tratamiento.

La princesa se quedó atónita en presencia de este hombre, y llegó á creer que poseía secretos maravillosos para descubrir en el seno de la tierra riquezas extraordinarias, minas de oro, de plata y de diamantes. Al mismo tiempo se iniciaba en las creencias y las prácticas del espiritismo.

No cabe duda que con semejantes disposiciones la desdichada princesa era una presa fácil para los charlatanes. Su fortuna actual no es muy crecida; pero será muy rica andando el tiempo.

Sin embargo, ya en el día tiene lo bastante para que en repetidas ocasiones M. Helle, el bañista eléctrico haya podido sonsacarla algunos miles de francos.

El teatro de las experiencias magnéticas era una casa de campo situada en Garches, que el espiritista habia llenado de instrumentos de prestidigitador, con los cuales daba sus representaciones.

Un incidente determinó la crisis fácil de prever.

El príncipe Luis de Beauvau-Craon llegó á Marsella de vuelta de sus largas expediciones por los mares, y seguidamente se dirigió á Paris á fin de pasar algunos días con su madre y su hermana.

La princesa le convidó á almorzar en Garches.

¡Terrible apuro para el espiritista!

Sin embargo, como es hombre de fecunda imaginacion, habia preparado un cuento para cuando llegara un caso como este, en el cual suponía que habia salvado la vida á su hermano en América; y la pobre princesa, que lo creía todo, habia hecho preparativos para la escena tan interesante que pensaba iba á tener lugar entre aquellos dos hombres.

Ahora bien, sucedió que el príncipe Luis cuando se encontró en presencia de M. Helle, no le reconoció pos su salvador, sino que muy lejos de eso, le agarró de un brazo y le echó de la casa con sus trastos, aconsejándole que no se volviese á presentar en Garches.

Algunos días despues la madre de la princesa recibia una carta que la causaba la mas viva sorpresa, con el dolor mas profundo. Hé aquí el contenido de la carta escrita por una mujer que se llama baronesa de Guldenstubbé:

«Señora princesa: El domingo por la tarde estuve en Garches y encontré á su hija de Vd. tan débil y en tan mal estado, que por su bien, quise obligarla á salir de allí, á lo que se negó pretextando que no la gustaba separarse de sus caballos; á fin de satisfacerla di orden de que se trajeran tambien los caballos, y á nuestro regreso del mar me apresuraré á visitar á Vd. con mi hermano, que es el baron de Guldenstubbé. Pero mientras tengo ese placer, debo decir cuatro palabras acerca de mi familia.

» En la época del rey Carlos V, llamado el Sabio, época en que una porcion de señores alemanes bohemios se mezclaron en las empresas de la Francia, se vió en el ejército que Duguesclin llevaba á la Normandía y á los campos de Cocheres un *max* Augusto de Guldenstubbé. Este noble se casó con Luisa de Hapsburgo, quinta nieta del emperador Rodolfo. Una de las hijas nacidas de este enlace, Augusta Matilde de Guldenstubbé, que vino al mundo en 1240, se casó con el margrave Antonio Jacob de Nuremberg, tronco de la casa de Hohenzollern, de donde provienen los reyes de Prusia.»

El baron de Guldenstubbé, hermano de la firmante de tan notable carta, es uno de los introductores del espiritismo en Francia, y dice que la ciencia le debe á él un gran progreso.

En un principio las respuestas de los espíritus se obtenian por medio de golpes en la pared ó en un mueble; y luego vinieron las mesas giratorias, que fué ya un adelanto. Siguió despues la invencion de la tablilla con el lápiz: el espiritista dirigia el instrumento con la sola imposicion de las manos, y el lápiz trazaba las respuestas.

No bastó esto, sin duda porque el espiritista necesitaba mucha habilidad, y en el día este recibe lisa y llanamente la inspiracion del espíritu evocado y trasmite sus contestaciones por la palabra.

Ahora bien, aunque parece que ya no quedaba nada por descubrir, el señor baron de Guldenstubbé ha inventado la escritura directa de los espíritus.

Hé aquí cómo procede:

Encierra un papel en un cofrecillo con un lápiz, se va á dar un paseo y á su vuelta encuentra la respuesta escrita; y esto es lo que él llama «el fenómeno de la escritura directa de los espíritus», fenómeno que se produce principalmente en los lugares que los espíritus frecuentan.

Este señor baron va á los cementerios, á las iglesias y á los museos, deja sus papeles sobre las tumbas ó sobre el pedestal de las estatuas, se marcha á dar una vuelta por otra parte, y á su regreso encuentra el papel cubierto de caracteres sobrenaturales.

Así lo afirma en la obra que ha publicado con el título de LA REALIDAD DE LOS ESPÍRITUS, donde descubre el maravilloso fenómeno de la escritura directa.

Como es de suponer, todo en esta obra es altamente extraordinario.

En el prólogo dice que ha consagrado su vida entera al estudio del mundo sobrenatural, y hace la historia de sus experiencias y pone muestras de la letra de César, de Cleopatra, de Hipócrates, de Ciceron, etc., obtenidas por su imponderable descubrimiento.

Estos preciosos autógrafos son de una utilidad incontestable para el espiritista.

Por ejemplo, hé aquí el de Hipócrates:

«Figura trazada con tinta azul y firmada con caracteres griegos por Hipócrates el 1º de marzo de 1857, en casa del autor.

» Esta figura ha sanado un caso de reumatismo agudo, instantáneamente, al cabo de algunos minutos.»

Todos los autógrafos de la obra susodicha tienen la misma intencion que el de Hipócrates.

Ya hemos dado á conocer al personaje; ahora con decir que la princesa, doce días despues del fallecimiento de su padre, anunció su intencion de casarse con él, comprenderán nuestros lectores, cómo la familia se decidió á pedir á la justicia la interdiccion de la pobre victima de esta coleccion de charlatanes.

La princesa se presenta á la barra diciendo que no necesita abogado para defenderse, y que ella probará cuán

infundada es la acusacion de insanidad de espíritu que la dirige su familia.

No hay hecho articulado contra ella que no explique, y jamás se encuentra confusa para responder al interrogatorio.

Desde luego niega categóricamente que haya querido iniciarse en la ciencia del espiritismo, y niega tambien que el baron de Guldenstubbé y su hermana, la hayan ofrecido lecciones. Añade que la hablaron de manuscritos que ella no vió nunca, y que los que se empeñan en presentarla como una persona entregada á tales prácticas, es porque tienen interés en que se la declare falta de juicio.

Sin embargo, en su conducta se observan cosas singulares.

La princesa no iba á ningun baile sin llevar un revolver; pero para eso asegura que siempre tenia cuidado de dejarle en el carruaje.

En la casa de campo, situada á cierta distancia de la poblacion de Garches y á orillas de un bosque, tenia costumbre de colgar el revolver cerca de su cama, y además tenia tambien una escopeta cargada, con la idea de hacerse respetar de los criados, precaucion que considera la ha sido muy útil, si bien jamás tuvo que hacer uso de semejantes armas, cuyo manejo conocia perfectamente, porque se le enseñó su señor padre.

Su evasion de la casa de Garches con la baronesa de Guldenstubbé, dice fué motivada porque temia una conspiracion contra su persona; que vió siete hombres armados como para impedir que saliera, en la puerta del parque, y que aprovechó la oferta de la baronesa para escaparse.

No fueron á los baños de mar como habia anunciado la baronesa, por causa de las vivas emociones que la jóven habia sufrido; sino que vinieron á Paris, y un mes despues marcharon á Londres, donde nuevamente la princesa se vió perseguida por hombres conjurados contra su seguridad personal.

Así fué que muy luego salió de Inglaterra con direccion á Bélgica, en cuyo país encontró la tranquilidad que buscaba.

Por último, la princesa reconoce que agradecida al baron que la salvó probablemente su vida sacándola de la casa de Garches, habia accedido á la demanda en matrimonio que él la hizo; pero que despues se abandonó este proyecto y ni uno ni otro pensaban en semejante enlace.

A la hora en que escribimos no se ha decidido aun sobre esta demanda de interdiccion; lo único que podemos adelantar es la opinion del abogado imperial, que ha concluido en contra. Con efecto, las excentricidades no pueden ser prueba de la insanidad intelectual de una persona.

Todo este invierno se ha estado hablando en los círculos literarios de una novedad teatral que debia salir á luz en el Teatro Francés con el título de *Julia*, y mas de una vez hemos anunciado tambien en estas revistas una produccion á la que se daba desde luego tanta importancia. Por fin, esta semana hemos podido asistir á su representacion retrasada por causas diversas, y vamos á decir hasta qué punto eran fundadas las esperanzas de los que se prometian un verdadero acontecimiento literario.

M. Octave Feuillet, autor del nuevo drama, tiene en efecto el raro privilegio de contarse en el número de los escritores dramáticos cuyas obras producen siempre cierta impresion en el público parisiense. Aun no se ha olvidado el gran triunfo que obtuvo con *Dálila*, y el cual sin duda fué el aliciente poderoso que le hizo abandonar la novela por el teatro. No todas las producciones que ha dado despues han alcanzado igual fortuna; pero de todos modos, siempre, como hemos dicho, el talento delicado de Octave Feuillet le ha merecido una acogida simpática.

No se ha desmentido ahora esta impresion, y eso que el drama en tres actos que titula *Julia*, lejos de ser una obra acabada como ordinariamente lo son todas las suyas, es, á nuestro juicio, un proyecto apenas indicado en unas cuantas escenas.

Veamos á qué se reduce el argumento

Mauricio de Cambre, casado nace quince ó veinte años, profesa una teoría singular, y es la de que todo hombre con esposa y familia, debe tener queridas; no conoce medio mejor para conservar la estimacion de la mujer propia, y aconseja á su amigo Máximo de Turgy, que si algun día llega á casarse, haga otro tanto, ó por lo menos que aparente que lo hace.

Extraño consejo en verdad dado á un amigo soltero que frecuenta su casa continuamente, y esto en ocasion en que Máximo le reprende por su conducta, y quiere demostrarle que con ella labra la desgracia de su esposa Julia.

Muy luego se adivina el sentimiento que inspira Julia á este solteron recalcitrante, sentimiento que las teorías del marido exaltan hasta lo sumo.

Un incidente cualquiera produce la declaracion: Julia se ve perdida; y se pierde en efecto.

En dos palabras sabemos la criminal historia.

Máximo y Julia han salido á paseo á caballo, y sorprendidos por la tempestad en medio del bosque, se refugian en casa del guarda.

A su vuelta el marido pregunta á Máximo:

—¿Supongo que no habeis recibido ese aguacero?

—No; entramos en la casa del guarda para librarnos de la lluvia.

—Es lo que yo pensaba... ¿Y á quién dejasteis los caballos?...

—¿A quién?... Al guarda.

Sin embargo, el esposo no sospecha nada todavia: es

preciso que su hija salga del convento y se trate de su casamiento con Máximo de Turgy, para que una revelacion inesperada le descubra el secreto de su deshonra.

Su hija querria casarse con Máximo; pero ¡ay! es imposible.

— ¿Y por qué? le pregunta su padre, que accederia de muy buen grado á aquella union.

— Porque se opone mi madre, responde la inocente Cecilia, en razon á que Máximo de Turgy no es libre; tiene un compromiso eterno.

Tal es la escena.

Julia aparece entonces delante de su esposo.

— Tengo que darte una fatal noticia, la dice el marido. Nuestro amigo Máximo de Turgy ha muerto en su viaje.

— ¡Se ha suicidado! exclama entonces Julia con el acento de la desesperacion.

Ya no cabe duda: el marido implacable comienza á saborear la horrible y cruel venganza que prepara.

Pero entonces tambien Julia se desata en recriminaciones contra la posicion social de la mujer que, abandonada por el marido, se presenta en todas partes con la sonrisa en la boca y la muerte en el alma, hasta el dia en que no la queda otra esperanza que gritar á su esposo infiel:

— Dame la muerte: te he engañado.

— Mientes, dice el marido; no te atreverias... por miedo de tu cómplice.

— No existe.

En aquel instante el criado anuncia la llegada de Máximo de Turgy.

— ¡Ah! exclama Julia, en nombre de Dios... en nombre de nuestra hija... ¡Ah! ..

Y cae exánime.

Mauricio se adelanta á Máximo y le dice:

— ¿Sabes que vas á morir á mis manos?

Y Máximo le responde señalándole el cadáver de Julia:

— ¿Sabes que Julia ha muerto?

La situacion no es nueva, y entre los dramas recientes podriamos citar alguno en que se halla casi al pié de la letra; pero esta vez, el efecto es imponderable, gracias á la eminente actriz Mlle Favart, que hace este papel de Julia, que será ciertamente la mas notable de sus creaciones. Toda alabanza es poca; y M. Octave Feuillet debe saber muy bien la influencia que el talento de la actriz ejerce en el éxito de su drama.

Esta influencia es tal, que á nuestro juicio, sin ella el público haria otra acogida muy distinta á esta nueva obra, que no se recomienda ni por la originalidad del argumento, ni por la intriga, ni por la verosimilitud de los sucesos que constituyen la fábula. Además, Mlle Favart no trabaja sola: Lafontaine en el papel de Mauricio, y Febvre en el de Máximo, secundan sus esfuerzos y contribuyen á esa perfeccion en el conjunto que tanto distingue á los actores de la Comedia Francesa.

En suma, *Julia* es un triunfo; pero un triunfo en el cual Mlle Favart puede reclamar una parte importantísima: no dejemos pues de repetirlo.

MARIANO URRABIETA.

Estudios históricos.

LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LA FUNDACION DEL IMPERIO DE RUSIA.

(Continuacion.)

Despues de estos excesos destrúyense unos Estados y élévanse otros sobre sus ruinas; mas, en medio de ese caos se ve aparecer el primer código de leyes escritas que arregló la administracion de justicia de la Rusia. Esta obra no es ciertamente parto de un legislador ilustrado, y se diferencia poco de las que dirigian á casi todos los tribunales de Europa en el siglo XIII. Se observan en él proporciones singulares entre las *composiciones* ó indemnizaciones por muertes, heridas y contusiones: por el homicidio de un hombre libre se pagaba la multa sencilla, media multa por la muerte de una mujer, y doble por la de un boyardo. Costaba cuatro veces mas haber herido á un hombre con el puño ó la vaina de una espada, una caña, un vaso de beber, y aun con el puño, que por haberle asestado un buen garrotazo. Las multas exigidas por el fisco eran dobles al menos de las indemnizaciones que se daban á la parte agraviada; y en ciertos casos, como por ejemplo, por las graves ofensas de haber cogido á un hombre por la barba, de haberle hecho saltar un diente, etc., el tesoro percibia doce *grivens* (1), y el hombre injuriado ó herido debia contentarse, por toda indemnizacion, con un solo *griven*. Si cometia el asesinato un borracho, ó un hombre en un arrebató de delirio, y no podia cogérsele, pagaba la multa el distrito á que pertenecia; pero si el reo no huia de su casa, ni procuraba sustraerse á los tribunales, no pagaba mas que la mitad de la multa, y la otra mitad corria á cargo de su distrito.

Las leyes civiles contenian una multitud de disposiciones minuciosas acerca de la conservacion de las pro-

(1) El *griven* es la décima parte de un rublo de plata, y vale algo mas de tres reales.

piudades: y por una singular inconsecuencia, habia un solo artículo que abria ancho portillo al engaño: tal era el que si un deudor juraba que no debia nada á su acreedor, el juez se atenia á este falso juramento, y se anulaba el crédito mas legitimo.

Convertida al cristianismo, no por eso cambió la Rusia de costumbres. Vióse en ella, como en todas las naciones mas civilizadas de Europa, una edad media, una mezcla de vicios los mas groseros y de prácticas de una devocion fanática; y terminaron en el claustro, bajo el hábito de monge, muchas vidas pasadas en la disipacion y tejidas de crímenes. Estos descarríos de la razon fueron tal vez mas frecuentes y chocantes en Rusia que en las otras naciones de Europa.

Acababa Jenjis-kan, fundador del mas dilatado imperio que haya existido, y que habia conquistado el mundo á carrera de caballo, como se dice, de poner fin á la conquista del Norte del Asia, desde la China hasta el mar Caspio; pero como su ambicion no estaba todavia satisfecha, recibieron orden dos de sus generales de extender el imperio de su soberano hasta las orillas del mar Negro. Experimentaron al principio muy poca resistencia: los pueblos huian delante de ellos y buscaban un asilo en Kiew. El peligro comun reunió por fin á los principes rusos; aliáronse para defenderse, y los refugiados fueron comprendidos en el pacto federativo. Mas no fué muy provechosa esta alianza; faltó la buena fe en los consejos y el valor en el campo de batalla. Habian avanzado los tártaros hasta las orillas del Chalka, en las cercanias de Arzamass; el principe de Kiew permaneció bastante apartado de su ejército; los Polovtes fugitivos, que formaban gran parte de las tropas aliadas, se portaron tan cobardemente, que los enemigos alcanzaron una victoria fácil, completa y decisiva, y hubieran podido conquistar toda la Rusia, si Jengis, ocupado en otros proyectos, no los hubiese llamado á su lado. Esta inesperada retirada puso fin á las alarmas de los rusos, y empezaron de nuevo las guerras civiles. Los que habian huído delante de sus enemigos combatieron con encarnizamiento contra sus compatriotas, y corrieron por todas las provincias rios de sangre rusa. Cuando Batou-kan, nieto de Jengis, volvió á Rusia á la cabeza de un nuevo ejército de mogoles, en 1237, encontró el pais tan devastado y tan completamente desprovisto de medios de defensa, que no tuvo enemigos que combatir. Llegó sin obstáculo hasta Moscou, que destruyó, como asimismo á Vladimiro y algunas otras ciudades, y sus tropas fueron á establecer sus cuarteles de invierno en las orillas del Don, cargadas de un inmenso botin. Al año siguiente fué atacada Kiew, tomada por asalto y entregada á las llamas; toda la poblacion pereció á manos de los soldados, y nada quedó de esta antigua é ilustre ciudad. Fué entregada toda la Rusia á la mas horrorosa devastacion. «Parecia, dice Karamsin, que habia atravesado nuestro pais de Levante á Poniente un diluvio de fuego, y que la peste, los terremotos y todos los demás azotes de la naturaleza, se hubiesen aunado para nuestra destruccion.» No se contentó el vencedor con un triunfo pasajero: su objeto era perpetuar la dominacion de los tártaros sobre las provincias conquistadas, y tan solo la ciudad de Novogorod se vió exenta de este anatema general. Penetró el ejército triunfante en la Polonia y sujetó algunas de sus provincias; y la Hungría, la Croacia, la Servia, la Bulgaria, la Moldavia y la Valaquia se rindieron á la espada de Batou. Despues de estas gloriosas expediciones, volvió el conquistador á las orillas del Volga, donde estableció la silla de su imperio. Viéronse obligados los principes rusos á presentarse en sus reales y á prestarle fe y homenaje como á vasallos suyos, y les mandó reconocer á Yaroslaf como gran duque de toda la Rusia. Obedecieron todos, y desde esta época, establecieron los tártaros un tributo anual sobre todas las provincias, hasta que Ivan III puso fin á la vergonzosa servidumbre que habia sobrellevado su pais por espacio de mas de dos siglos (1).

Las observaciones siguientes no dejan de ser importantes en la situacion actual de algunos estados de Europa.

«Uno de los efectos mas notables de la dominacion tártara en la Rusia, es la proteccion de que gozó constantemente el clero, mientras pesaba el yugo mas terrible sobre los principes y los pueblos. La política de los kanes enriquecia á los ministros de los altares, y arruinaba á las naciones. Nunca se desechaban las súplicas de los metropolitanos y de los obispos, y muchas veces el crédito de los pastores fué muy provechoso á sus rebaños. Los claustros se convirtieron en asilos donde se refugiaron eminentes personajes fastidiados del mundo, y afligidos por los males de su patria, de los cuales no esperaban verla libre. Los grandes duques terminaban por lo comun su carrera retirándose á un convento.

(Se continuará.)

(1) Un francés que servia á las órdenes de Napoleon, encontró en la Polonia rusa, durante la campaña de 1812, tártaros descendientes de los que habian llegado á establecerse en ella bajo el reinado del nieto de Jenjis. Esos tártaros habian conservado su antigua enemistad contra los rusos, y la persona de que hablamos, administrador de esta provincia, reclutó entre ellos un escuadron de caballeria ligera. Estas poblaciones tártaras que se encuentran todavia, y que en cierto modo están diseminadas por la Rusia, como oasis, son, en medio de las poblaciones eslavonas de esas provincias, un monumento curioso de las conquistas de Jenjis y sus hijos.

Bendicion de campanas

EN LA IGLESIA DE SAN AMBROSIO EN PARIS.

El juéves 29 de abril tuvo lugar en presencia de Sus Majestades el emperador y la emperatriz, la bendicion de las campanas de la nueva iglesia de San Ambrosio en el bulevar del Príncipe Eugenio.

Sus Majestades fueron recibidas en el pórtico por el senador prefecto del Sena, el prefecto de policia y M. Levy, alcalde del 11º distrito.

A la entrada de la nave el señor arzobispo de Paris presentó el agua bendita á SS. MM. y las felicitó en nombre de la parroquia.

El emperador dió gracias al arzobispo por los sentimientos que acaba de manifestar, expresando el voto de que las campanas de San Ambrosio no resuenen nunca sino para llamar las bendiciones del cielo sobre la poblacion.

Las tres campanas, cubiertas de encajes, estaban á la derecha de SS. MM., y despues de otra alocucion del señor arzobispo sobre la significacion particular de la ceremonia, se procedió á su consagracion. El emperador y la emperatriz, que eran padrinos de una de ellas, las hicieron resonar sucesivamente, segun el rito consagrado.

Despues se celebró el oficio religioso en el altar mayor, y la ceremonia, á la que asistian mas de 3,000 personas, concluyó con un *Domine salvum*, y se dió la bendicion á todos los fieles.

R. DE M.

El Japon.

VISITA Á KIOTO Ó MYAKO, RESIDENCIA DEL MIKADO.

(Véase el N.º 853.)

Los enviados de Francia tuvieron el insigne honor de penetrar en la capital del Sol saliente, en Kioto ó Myako.

Jamás se habia acordado semejante favor á los representantes franceses.

La primera de las capitales japonesas, la mas venerada de todas las ciudades del imperio, les pareció menos brillante que Osaka.

El misticismo religioso le da un aspecto sombrío. Las casas son pequeñas, estrechas, mezquinas, y aunque las calles son espaciosas, están mal empedradas y en ellas falta el aseo. En cuanto al pueblo, siempre en armonia directa con el centro que habita, es miserable moral y físicamente. A veces se presentaba en actitud amenazadora.

En Myako hay animacion y sus principales ramos de industria son las sederías, las lacas, y sobre todo los artículos de papel, que constituyen una de las grandes curiosidades del pais. Con efecto, los japoneses saben dar al papel un crecido número de atribuciones: hacen con él pañuelos de bolsillos, techumbres de casas, vidrieras, etc.: el papel con aceite, no obstante su finura, resiste perfectamente á la lluvia.

Luego hacen tambien de papel bolsas para tabaco, pipas, paraguas y capas impermeables, que se venden á un precio fabulosamente barato y que resisten muchos aguaceros.

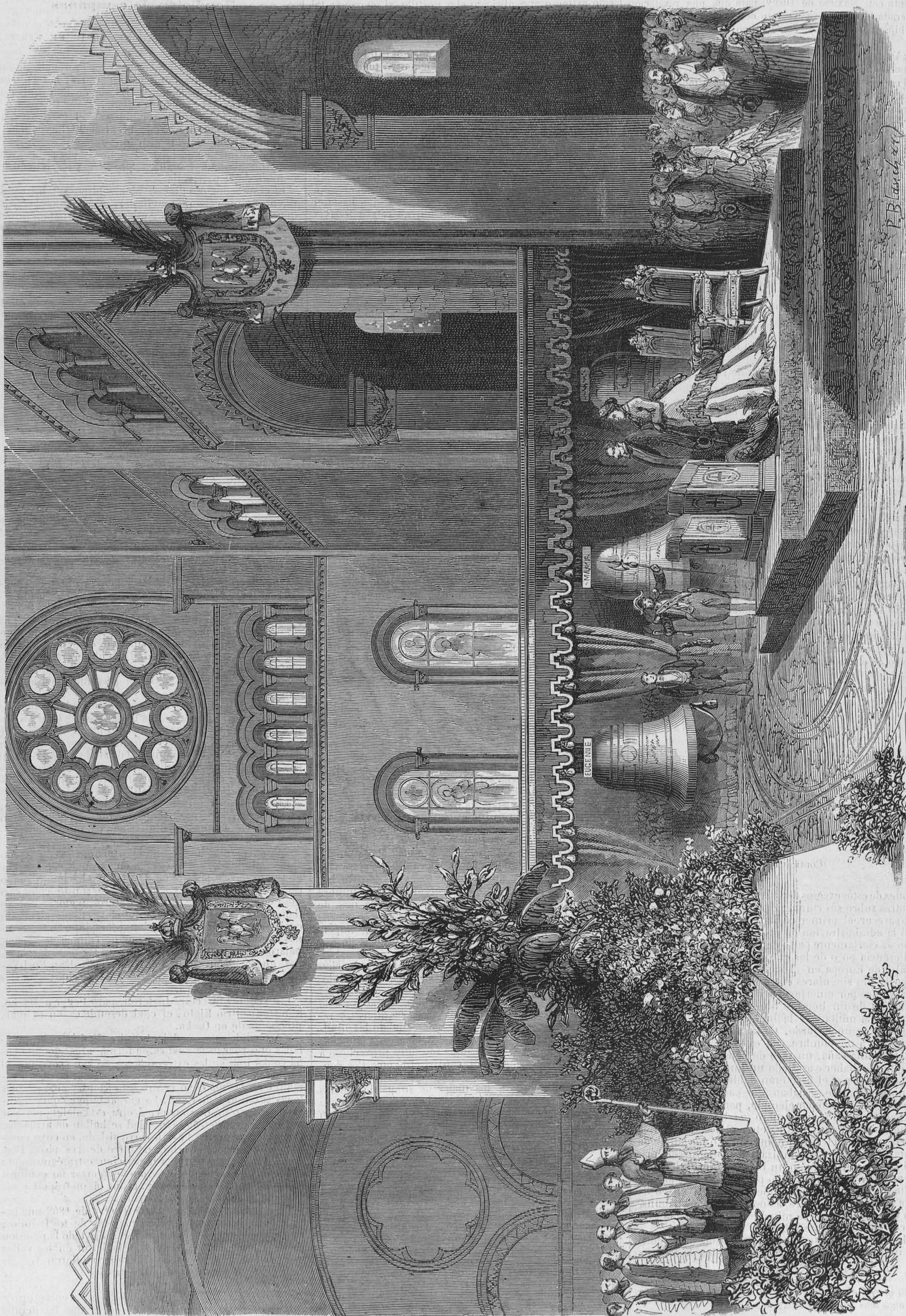
Sabido es que los japoneses preparan las lacas con suma habilidad, y Myako es la ciudad mas célebre por el alto grado de perfeccion á que en ella han llegado estas fábricas. Las lacas mas estimadas son de color carmesí con jaspeado de oro. Los obreros, mejor se debian llamar artistas, dibujan de invencion en las lacas, sin copiar servilmente un modelo, vistas pintorescas, escenas completas, grupos de personajes (nunca de perfil), pájaros, principalmente grullas con las alas desplegadas, que se alejan sin duda del célebre volcan Fusi-Yama, cuya dorada silueta adorna las tres cuartas partes de los muebles de laca.

Los viajeros franceses tuvieron, para llegar á Myako, que subir el rio Kioto, el cual desemboca en el mar, precisamente en Osaka.

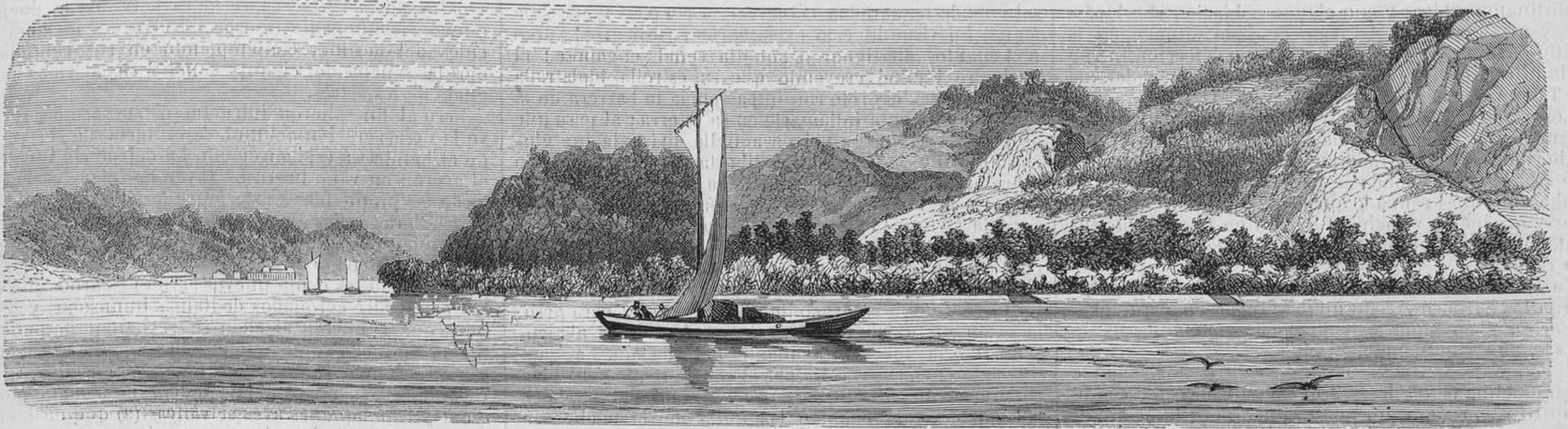
«A medida que se adelanta, dice M. Páris, las montañas que rodean la cuenca de forma larga, donde ocupa Osaka una de las extremidades, se van acercando al rio, y luego separándose de nuevo, trazan como un recinto circular en cuyo centro está Kioto y cuyas aguas todas pasan al Iodo Gawa. La garganta por donde atraviesa este rio de una cuenca á otra está defendida por dos fuertes que en la actualidad se hallan desarmados. Un poco mas arriba hay un cerro aislado, en cuya cumbre se ve una pagoda con una torre de tres pisos. Desde aquí se domina el rio, y la posicion, estratégicamente hablando, es importante. Se pueden cortar las comunicaciones de Kioto y de Osaka, aislar la metrópoli y separar el Norte y el Sur del Japon.»

En estos territorios se dió en febrero de 1868 una batalla entre las tropas del Taicun y las de los Daimios, coaligados contra él. Disputáronse sobre todo la posesion de las alturas de Tenossan, y se batieron en los valles inmediatos. Los delegados franceses pudieron ver las señales de la lucha en las casas arruinadas.

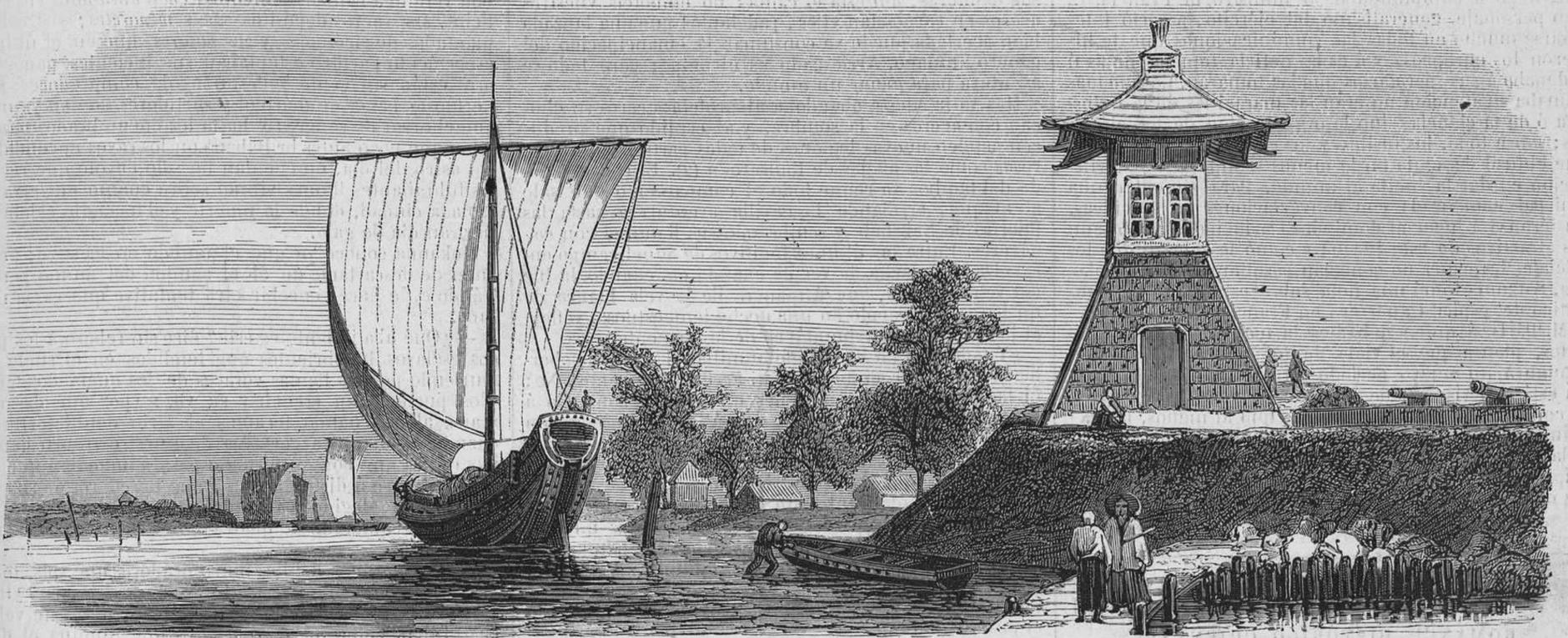
En Tenossan cambia completamente el aspecto. El barco se desliza entre escarpados montes, cubiertos de árboles la mayor parte de ellos; de tiempo en tiempo



PARIS. — Ceremonia de la bendición de las campanas de la iglesia de San Ambrosio, en presencia de SS. MM. el emperador y la emperatriz.



EL JAPON. — Garganta de Tenossan, rio de Kioto.



El faro de Tenposan.



Entrada de una pagoda en Kioto.

LAVRENS.

se distinguen aldeas y aun alguna poblacion considerable, y mas lejos está el fuerte de Iodo, situado en la confluencia de dos rios, el cual con su defecion fué en la última campaña una de las causas de la derrota del Taicun en las gargantas de Tenossan.

Los viajeros, bajo la salvaguardia del príncipe de Satzuma, uno de los personajes mas respetados del imperio, hicieron la entrada en Myako, y les llevaron á una casa preciosa, donde se encontraron de repente en medio de lo mas refinado que tiene el lujo oriental. Los pobres marineros y spahis se creian en un palacio encantado; pero el alimento del país les llamó muy luego á la realidad.

En resumen, no pudo ser mejor la acogida que recibieron los europeos. Todo estaba preparado para complacerles, y en aquel país donde se come encima de estereras, pusieron mesas para ellos.

El conde de Montblanc, miembro de la Sociedad de geografía, que ocupa hoy cerca del Mikado, en clase de ministro y consejero, un puesto importantísimo, era el alma de aquella excelente recepcion: él salió al encuentro de sus compatriotas y les preparó una porcion de agradables sorpresas.

En cuanto al príncipe de Satzuma, se mostró digno de su reputacion de cortesía; fué uno de los primeros que llegó á complimentar al ministro de Francia. El alto personaje, generalísimo del ejército, pareció interesarse mucho en todas las comunicaciones que le hicieron los europeos, y á cada noticia tomaba notas ú ordenaba á sus secretarios que las tomaran. Lo que mas llamaba su atencion no eran las maravillas de la industria ó de la ciencia, sino la organizacion de los ejércitos; sobre todo, los fusiles y los cañones. Es de temer que el fusil de aguja tarde menos tiempo que la civilizacion en dar la vuelta al mundo. Para cimentar una amistad comenzada con conversaciones tan pacíficas, pusieron á jugar al dominó. El príncipe ignoraba aun los atractivos de este juego; y como le dijeran que los oficiales franceses no conocian pasatiempo mas agradable, Satzuma tomó una nota sobre este rasgo característico del espíritu guerrero en Francia.

M. París, á quien debemos la mayor parte de estos datos, piensa que el viaje de los ministros franceses inaugura un nuevo período en la historia del Japon. Ya están en vísperas de hacerse reformas radicales en la constitucion del país. En principio al menos, los extranjeros están admitidos en todo el imperio. En una palabra, el Japon imita á la Europa; y si las cosas siguen así, antes de cinco años, tendrá cañones rayados, fusiles de aguja y ministros responsables. R. C.

El falso Profeta.

ROMANCE HISTÓRICO ORIENTAL

Traducido del inglés

POR TOMAS MOORE,

Con notas por D. G. C.

(Conclusion.)

Así iba discurriendo el jefe enmascarado; mas con las escasas reliquias que aun le eran fieles, usó de diferente lenguaje, diciendoles:

— Gloriosos defensores de la corona sagrada que el cielo ha colocado en mi cabeza, corona que no ahogará la sangre ni ofuscará la sombra de la tierra, ante cuyo brillo la mezquina pompa de las diademas de este mundo, la corona de Gerashiel, el trono de Parviz erigido sobre columnas (1), y hasta el plumero de garza que reflejaba su magnificencia sobre los hermosos ojos de Ali, se oscurecen. Como las estrellas al asomo de la aurora regocijados, guerreros, sí; pues el puesto á que hemos llegado atravesando las negras olas del destino, ya se nos presenta despejado: la victoria es nuestra: está escrito en el libro que nadie abre sino los ángeles, que el cetro de Islam caerá á pedazos bajo el poder de su formidable enemigo cuando el reluciente orbe de la luna salga milagrosamente del sagrado pozo Neksheb á la vista de todos (2). Pues volved y mirad.

Se volvieron, y al decir estas palabras, un reflejo repentino se dejó ver, y vieron salir del pozo santo un orbe extenso y luminoso que diseminó sus rayos por todo el recinto de aquella opulenta ciudad, y hasta sus lejanas navas, arrojando tan radiante brillo sobre las tejas doradas de los edificios y los hermosos techos de varios *minarettes*, que no parecía sino el esplendor del

sol cuando en aquellas comarcas se pone en los dias de otoño. En vista de esto exclamaron: ¡milagros! ¡divino! cuantos atestiguaron aquella señal engañosa: el *gueber* se inclinó creyendo que su estrella idolatrada habia aparecido y roto con impaciencia la barrera de la media noche para inflamarle en la guerra; al paso que el de la fe de Moussa vió en aquella divisa la luz gloriosa que en los dias de su libertad habia descansado sobre el arca (1), y que ya brillaba de nuevo cual feliz presagio de la rotura de sus cadenas.

¡A la victoria! es ya el grito general, sin que Mokanna se entretenga un solo instante al oír esta aclamacion comun, sino que mandando que se abran de par en par las enormes puertas, su escuadron á manera de un torrente que se precipita de la montaña para arrojarse en un mar inmenso, sale en derechura abalanzándose á las fuerzas imponentes del moslem. Las centinelas que en sus vueltas por el campamento se habian parado, olvidando los sonidos convenidos del tamboril por cuyo medio cuentan las horas de la noche sucumbieron al punto á la descarga de inesperados brazos, dando con el gemido de la muerte su última alarma.

— ¡A las lámparas! les decia Mokanna, que iluminan ese pabellon engalanado con paños encarnados en sus banderas; ahí está el califa: no emboteis vuestros aceros en carnes tan viles, ¡adelante! que una lanzada bien acertada puede ya consumir la emancipacion del género humano. Arriesgado es el naipe; pero todo se aventura para ganar un mundo.

Mas ya la suerte abandona al profeta; aceros se chocan con aceros en la sombra, y al crujido que producen acuden nuevas legiones de todas partes, tan numerosas como las abejas de Kauseroon (2). El ronco sonido del tambor ya reúne todo el campamento que sale al ataque, arrojando la gavilla aventurera hasta las puertas de Neksheb, y sembrando sus llanuras con cadáveres. Entre los últimos fugitivos de aquel campo encarnizado, se echa de ver de cuando en cuando la luz del velo de plata, que á manera de la vela blanca de un barco maltratado en una noche tempestuosa, refleja el brillo fugaz y momentáneo de la tormenta.

¿Y todo esto no ha podido humillar al espíritu soberbio, ni reprimir su audacia, ni arrugar su frente? No; ni la mitad de los miserables que anoche conducia á los tronos y á las victorias, y que á la hora de esta han sentido la muerte ó el desdoro, han podido impedir que hoy mismo se jacte de victorias y tronos en presencia de los que han sobrevivido á aquella carniceria: pues con erguida frente aun les habla, y se lo creen. ¡Ah! al amante le es dable desconfiar de las miradas que roban su corazon; al niño dejar de pensar que puede jugar con el arco-iris; al alquimista dudar del oro reluciente de su crisol; pero la fe, la fanatizada fe una vez casada con su querida falsía, la abrazará hasta el postrer extremo.

Bien conocia aquel impostor todos los alicientes y artimañas que enseña Lucifer para enredar los corazones; tampoco se ha olvidado Zelica entre las arrojadas maquinaciones que intenta contra los mortales. ¡Malhadada Zelica! si en la mitad de los horrores en que te has visto, tu corazon no hubiese quedado como soporífico, no habrias podido soportarlos; la muerte hubiera acudido de repente, llevándose tu angustiado espíritu. Mas no fué así: un letargo, una suspension de la facultad de pensar, una cierta pausa ó cesacion de la vida encubria la dura y apasionada lucha de aquella noche fatal en que la esperanza se despidió por última vez de la tranquilidad de su alma y del cielo; y bien que á veces se dejaba ver en ella alguna chispa de su frenesí, á manera de los relumbrones que de cuando en cuando se descubren al través del velo de humo que arroja el volcan (señal segura que arde debajo de su cráter en fuego activo); por lo comun estaba envuelta en sombría melancolía. No era la negra lobreguez que rodeaba á Azim al pensar en su suerte lo que aquejaba á Zelica; pues si bien se mostraba aquel sereno en su exterior á pesar del gusanillo de la muerte que roía su corazon, esta dolencia de un estupor sin latidos, estando como ajena de todo pensamiento ó pena, y en medio de una apatía cerrada que la dejaba á menudo sin sensacion alguna, hecha la fria y pálida víctima del antojo de su atormentador.

Otra vez la hizo ataviar de un modo lujoso, como en Merou, sacándola como sacerdotisa á la vista de sus rudos sectarios; y mientras con la cabeza inclinada la infeliz Zelica se presentaba como resucitada, descolorida y abatida en medio de aquellos, á manera de la joven esposa que con todas sus galas de pompa nupcial se sacrifica al Nilo voraz (3), el diabólico profeta persuadia á su turba de esclavos crédulos, que sus delirios y accidentes no eran otra cosa que encantamientos y enajenacion mental, por lo que pronto verian brotar la emancipacion de la fe; y si á veces se veia Zelica atormentada de la culpada vergüenza, ó atizada su alma,

y daba salida á unas expresiones desatinadas, luego el taimado blasfemador interpretaba sus desvíos como oráculos del destino, contemplando en sus centellantes ojos las señales del cielo, y dando á sus alaridos el lenguaje de los astros.

Pero al fin salieron infructuosos sus ardidés: ya se ve la desesperacion acumulada en torno de sí: ya viene el hambre á espigar cuanto ha dejado sin vendimiar el acero: en vano busca al rayar del dia y caer de la tarde las prometidas lanzas entre las llanuras del Norte de las fieras ordas de tártaros montañeses; ya no llegan, mientras sus formidables sitiadores arrojan proyectiles destructores hasta entonces desconocidos (1), y tan espantosos como nuevos para él: dardos que vuelan por el aire coronados de llamas humeadas, y globos rojos que subiendo al cielo se revientan despidiendo lluvias de fuego combustible sobre cuanto encuentran al caer: á manera de fuente de nafta encendido, que rodando en su curso nocturno por el firmamento, se asemejaba á aquellas aves selváticas (2) que en las fiestas igneas se soltaban á menudo al aire con sus alas atadas á unos haces de leña encendida así, difundiendo la combustion por todas partes. Durante la noche no dejan de oirse los gemidos de los míseros que sucumben agonizando al impulso de esos dardos de fuego; la ciudad retumba con sus lamentos; caen abrasados sus edificios, sus sacros depósitos y sus *minarettes*; sus calles plantadas de sicómoros y sus *basares*, que en el último espectáculo pacífico ostentaban sus lucientes paños de oro, están sin gente y desnudos de compradores; sus hermosos baños de mármol y surtidores no dan ya mas que chorros de sangre; y hasta los encumbrados *minarettes*, que poco antes brillaban con los rayos encendidos del astro del dia, no cuentan un solo devoto que rece: las fulminantes llamas vibran sobre cuanto encierra la asolada ciudad, donde la muerte y el incendio celebran su gran dia de gala.

Mokanna conoce ya que el mundo no es suyo; pero antes de descartarse de él el aguijon del ánimo penetrándole, le hace concebir otra tentativa que es la última.

— ¿Qué abatimiento es este? dice sin rebozo á los pocos esclavos hambrientos que tendidos en el suelo, ó muriendo por las llamas voraces de los quemados templos, pueden aun escuchar su voz: ¿por qué desanimarse ahora cuando tocamos el átrio de la fortuna, cuando Alá tiene ya cortadas de nuestro tronco aquellas ramas que por su misma espesura impedian que su gracia llegase á distinguirnos como herederos de su poder, y como elegidos para sobrevivir á la caída de reyes y tronos, triunfando de todos ellos el corto número que somos?

¿Habeis perdido, débiles murmuradores que sois, toda fe, en quien ha sido vuestra luz y vuestra estrella? ¿Habeis olvidado el ojo de la gloria que encubre este velo, cuyo fulgor como un rayo del sol que ilumina el desierto, puede consumir á millones de aquellos que conduce el califa? Su luz ha quedado hasta aquí oculta, sí, tiempo sobrado se ha mantenido invisible; pero la tierra entera la conocerá el momento que se levante este velo. Esta noche, sí, hombres santos, esta misma noche os convido á todos á un solemne y festivo rito, donde despues de nutridos nuestros cuerpos con manjares como los que usan por regalo los querubines del cielo, y de encendidas vuestras almas que ahora yacen sombrías y desalentadas, con aquel vino exquisito (3) que guardan sellado con precioso almizcle las doncellas de cerúleos ojos del paraíso para los que aman, yo mismo desplegaré á todos los portentos de la inefable luz de estas sienes, y en seguida os guiaré á la pronta dispersion de los millares que veis, borrándolos del universo con espantosos aullidos.

Anhelosos escuchan, mientras cada palabra imprime nueva vida en sus corazones frios y desesperados: vida alevosa cual da el refrigerio al que en el suplicio lo toma para morir. Con bravura apuntan ya sus lanzas hácia el sol que presuroso descende al ocaso, exclamando:

— ¡Esta noche! Sí, esta noche, responde el profeta en tono de voz burlona é infernal: ¡ah! víctimas engañadas, jamás ha visto la tierra un luto mas triste que vuestro regocijo. Aquí se veian desfallecidos y moribundos dando la mano á los pocos que con acerado corazon habian resistido á la asolacion del hambre y de las armas, arrojando risotadas como las de un demente y voces de victoria: allí bailaban otros, como pálidos espectros al rededor de una pira funebre á la luz del fuego devorador, y rodeados de cadáveres y víctimas espirantes; al paso que en otros parajes se descubria algun mísero que otro que arrancando el igneo dardo de su lacerada herida, lo blandia en el aire con horroroso arrebató.

Ya era mas de la media noche cuando á la fiera gritería y altos aplausos que antes resonaban desde los re-

(1) *Erigido sobre columnas*. Cosroes, véase la descripción de su trono por Gibbon.

(2) *Pozo de Neksheb*. Hablando del artificio del impostor, se nos dice que era *une machine qui disait être la lune*. Según Richardson el milagro se ha perpetuado en Neksheb, nombre de una ciudad de Fransoxiana, donde, dicen, hay un pozo en que de dia y de noche se ve la apariencia de la luna. « Il amusa pendant deux mois le peuple de Neksheb en faisant sortir toutes les nuits du fond d'un puits un corps lumineux semblable à la lune, qui portait sa lumière jusqu'à la distance de plusieurs milles. D'Herbotot. » De aquí es que se llamó *schechimak*, ó hacedor de la luna.

(1) *Sobre el arca ó schechimak*, llamado en el Alcoran *Sakimac*. Notas de Sale.

(2) *Abejas de Kauseroon*. De los vergeles de naranjos de Kauseroon extraen las abejas una miel muy celebrada. *Viajes de Morier*.

(3) *Al Nilo voraz*. La costumbre que hoy dia subsiste prueba al parecer que los egipcios sacrificaban antiguamente una joven virgen al dios del Nilo: actualmente hacen una estatua de barro en forma de una muchacha á quien dan el nombre de novia afianzada, y luego la arrojan en aquel rio. *Savary*.

(1) *Hasta entonces desconocidos*. El fuego griego que de cuando en cuando prestaban los emperadores á sus aliados. Este, dice Gibbon, se arrojaba por medio de balas rojas de piedra ó hierro, ó se lanzaba de unas flechas ó chuzos envueltos en cáñamo empapado en aceite inflamable.

(2) *Aves selváticas*. En la gran festividad del fuego llamada *Sheb-sese*, solian pegar fuego á unas ramas secas y combustibles que se ataban á las fieras y aves; y cuando despues se soltaban estas, el aire y la tierra parecian un gran incendio, pues dirigiéndose aquellos animales asustados á buscar guarida en los bosques, fácil es concebir la conflagracion que producirian. *Disertacion de Richardson*.

(3) *Vino exquisito*. A los justos se les dará de beber un vino puro sellado: su sello será almizcle. *Alcoran*.

gios jardines, siguió un silencio pavoroso; cuando Zelica con el corazón partido, y destinada á hacer su papel en cada escena de horror, recibió la órden de acudir al execrable festín del jefe enmascarado: mandato que le fué intimado por un esclavo con los labios temblando, y quien antes de poder comunicarle el mensaje, cayó á sus plantas exánime y tan ennegrecido como si le hubiesen circuido las sombras de la tumba.

Trémula obedece á la cita; un aguijon que traspasa su alma con temor, cual anuncio de su negro y próximo destino, despierta sus sensaciones, haciendo que renazca la perdida razon para pena y último tormento suyo. Todo parecía ya pacífico en torno, y hasta el ejército enemigo había dejado en aquella hora de lanzar sus rayos de fuego, como si estuviese prevenido para aquel banquete infernal; y bien que el cielo se mostraba enrojado, no parecía mas que un incendio que se ve desde lejos.

Mas ¡oye! ella escucha... se detiene... ¡funesta voz!... es la risa de su atormentador... y luego un gemido, un gemido de muerte que la sigue... ¿Será este el asiento del regocijo y la cuna de la relajacion?... Ella entra... ¡Santo Alá, qué espectáculo se le presenta! A la escasa luz del alba unida á la que esparcen las armas caídas de unas manos cadavéricas, ve una mesa cubierta con desorden burlesco de diversos incensarios ardiendo encima de guirnaldas, y luego urnas y copas de oro y joyas en que acababan de beber sus convidados; pero ¡qué bebida fué! no hay que preguntarlo al ver aquellos desgraciados pálidos, con la cabeza hinchada y caída en el pecho, dirigiendo sus ojos vitreos al cielo como para implorar compasion sin hallarla, y como si en medio del veneno que les consumia las entrañas, sentían el remordimiento como la mayor de ambas torturas. Otros se dejaban ver, los mas esforzados y sufridos de la banda, que en el campo de batalla hubieran buscado la muerte con alegría al lado de su falso jefe, enmudecidos é inutilizados, lanzando al morir horribles miradas de venganza hácia él, con inútiles muestras de amenaza cerrando sus débiles puños en ademán hostil contra Mohanna. Causaba, en efecto, lástima el ver que en medio de su desesperacion echaban duras y mortales ojeadas aquellas víctimas á su atormentador, á aquel espíritu burlon cuyo velo ya quitado les hacia ver en sus últimas agonías, no ya la tan espléndida luz, ni las deslumbrantes sienes que debían despedir el rayo de la conquista y de la rendicion general, sino unas facciones tan horribles cual jamás imprimió el infierno en su misma prole; ni el demonio del desierto, ni el espíritu que se coge en el fosil á la luz del sol que lo descubre (1), espantaron jamás la vista humana con rostro mas disforme, mas feo ni mas horrible que el que ostentó entre guiñadas y mofas.

— Aquí tenéis, santos y entendidos, les dijo el impostor, vuestra luz y vuestra estrella. Habeis querido quedar engañados, ya lo estais. ¿No os basta esto, ó es preciso que mientras vuestros sabios pechos conserven un solo latido, os vaya engañando? ¿Habré de juraros aun, que la muerte que sentís en vuestras entrañas, no es mas que un éxtasis por donde empiezan los goces del cielo, ó que este espantoso rostro que en fealdad aventaja al mayor monstruo entre los humanos, es á la semejanza de Dios? y que...; pero ya veo que antes de dirigiros todos mis saludos... ya han desaparecido sus almas, y ¡qué poco corteses se han despedido! ¡Adios, dulces espíritus! no en vano morís si Eblis os ama la mitad tanto como yo. ¡Hola, tierna esposa mia! vamos: que tu turno ha llegado tambien: no hay para qué temblar, vamos que no es esta la primera vez que has visto á los difuntos: ellos agraciaron nuestras dulces nupcias, y los convidados de anoche acaban de apurar sus copas de despedida con tanto primor, que sería un desaire si tú no vaciases otra... Mas, ¿cómo es esto?... todo se ha bebido ya... si habrán tocado la copa otros labios ardientes; antes que los tuyos... pero no te vayas, mi dulce esposa, pues aun te queda aquí una gota preciosa y suficiente sin duda para enardecer las venas de una joven sacerdotisa como tú. Vamos... bebe... y si las armas vencedoras de tu amante llegan aquí luego, antes que tus labios pierdan la mitad de sus atractivos, dale una parte de este veneno en tus besos, y te perdonaré la dicha de mi altivo rival. En cuanto á mí, fuerza es tambien que muera, pero no como estos entes heidiondos que se pudren al aire: ¡mostrar este semblante en triunfo vulgar, con toda la deformidad que le comunica la de la muerte, y hundirse en el polvo á la vista insultante de unos esclavos que digan: ¡aquí yace su divinidad! no; no, raza maldita, pues desde el instante que mi alma recibió su primer impulso vital, los hombres han sido el blanco de mis dolos, y lo serán hasta en la muerte. ¿Ves tú aquella cisterna bajo la sombra? está llena de drogas combustibles destiladas para mi postrer momento: allí en aquel fuego líquido me sumergiré cual baño adecuado á lavar el cuerpo de un profeta: en él pereceré entero, sin que quede un solo miembro que cuente al hombre semejante suceso. Sí, moriré antes que el pulso te falte á tí: así mis sectarios en cualquier parte que se hallen tales delirantes, anunciarán que el cielo se ha llevado el santo que les dió, y que solo he desaparecido un rato para volver á

la tierra entre luminosas sonrisas sin sombra alguna; que de esta suerte no dejarán en su celo de erigirme altares, ante los cuales administrarán los bribones y se hincarán los ilusos, donde, en fin, la fe puede charlar sobre sus misticos encantos escritos con letras de sangre, y el fanatismo hinchando sus velas con céfiros del infierno dirigirá su rumbo hácia el cielo. De este modo mi bandera por largos siglos será la señal del fraude y de la anarquía; y los reyes que aun están por nacer se acordarán del nombre de Mokanna: sí, pues aunque muera, mi espíritu será el mismo, y divagará de continuo entre las borrascosas refriegas, los crímenes y la sangre que eran sus delicias en esta vida. Pero ¡oye! ya hacen temblar los muros con sus máquinas de batir: que se estremezcan... yo de esta suerte me burlaré de todos; pues en llegando no se verá un vestigio siquiera de mí. En cuanto á tí, sé bien que puedo contar con tu fe, porque entonces te hallarás muda. ¡Mira ahora con qué prontitud un miserable como yo, con un salto atrevido se transforma de repente en una deidad!

Al concluir estas palabras, se arrojó el profeta en la cisterna hundiéndose al punto debajo de sus aguas abrasadoras, sin que en todo el recinto de aquellas murallas quedase cosa viviente sino la infeliz Zelica, cuyo mismo aliento le servia de maldicion en aquel páramo de la muerte; asemejándose á los espíritus incruentes, que segun tradiciones, habitan en las solitarias ciudades de los callados (1), invisibles á toda vista menos la de Alá, velando cada cual al lado de su mismo pálido cadáver.

Ya amanece; ya se atiza de nuevo el fuego de la guerra entre las filas de los sitiadores; se han consumido ya los globos igneos, terrible artilleria que la Grecia habia prestado al invencible Mahadí. Las vigas de escorpion, las piedras que arrojan las altas balistas y el formidable ariete, que las escudadas haces ponen en movimiento contra los muros, todo indica ya la resolucion del impaciente ismaelita para probar, al fin, si cuesta menos ganar las torres, las almenas y los bastiones que los corazones que encierran. El primero en derribarlos es el ansioso Azim, que ardiendo en deseos de coger vivo al impostor, se adelanta al asalto. ¡Ay! así pudiese verle vivo en sus manos; ni las garras del leon, ni el enroscado abrazo del *boa* igualaria el vengativo aprieto que le diera.

Ya retumban los muros con el eco de los balidos del ariete; ya vacilan al impulso de sus sacudimientos, ya se desploman los estribos; mas aun no se ve brecha alguna abierta... otra sacudida de todas las vigas á la vez...

— Disparad, dice el califa á sus clamorosos combatientes rebosando de alegría, vuestras mas pesadas catapultas contra aquel solo punto, y Neksheb es nuestro.

Hecho; ya bajan crujiendo las almenas á par de la maciza muralla rajada por el fracaso, y abriéndose á manera de un antiguo cráter perforado de nuevo, que descubre la densa nube de humo que oscurece toda la ciudad. Mas ¡qué extrañeza! no se ve ya señal de vida en toda aquella asolacion... ni se siente respirar criatura viviente... ¿Qué indicará tanta quietud? Los corazones y la vista de todos quedan suspendidos, cuando el impetuoso Azim grita: ¡la brecha, la brecha! pero el prudente Mahadí, receloso de algun ardid encubierto en vista de aquel silencio, reprime algun tanto el arroyo de sus tropas. En este intermedio se deja ver una figura que con lentos pasos sale de las demolidas murallas, y á favor de un rayo del sol que rápidamente la ilumina, todos pueden distinguir el bien conocido velo de plata, exclamando á la vez:

— El es, es él, el mismo Mokanna, y únicamente él. El joven Azim, en medio de la vociferacion, salta de su bridon diciendo:

— A mí, santo califa, á mí toca despachurrar á este misero; es todo cuanto pido.

Con ahínco se lanza al encuentro del enemigo infernal, al paso que la figura travestida pisando montones de cadáveres y ruinas se adelanta con pasos vacilantes hasta encontrarse con Azim; y luego abalanzándose á la lanza del joven, y en el acto de quitarse el velo, demuestra que la sangre vital que chorrea de su herida, es la de su Zelica.

— Yo no queria ni intentaba, dijo la moribunda á Azim con dulzura apoyada su cabeza en su brazo y contemplando en su cara mas angustia de la que puede soportar la estremecida carne humana, no queria, dijo, que tuvieses esta pena; bien que la muerte que recibo de tí es una dicha de que no me privarías si supieses cuántas veces he rogado al cielo que pudiese morir así. Pero el veneno del enemigo de Dios ha sido demasiado lento y parco, y el vivir pensando así sería, decía á mí misma, una demencia: pues que si una vez ese velo llamase la vista de tus valientes guerreros... (mas no le mires) al instante quedaría yo traspasada de mil saetas. Pero ¡cuánto mas dulce es así! ¡Ah! sí, cree que no cambiaría esta triste y amorosa caricia, esta muerte que recibo en tus brazos con la vida mas risueña de los mas afortunados de la tierra. Todo lo negro y espantoso que antes abrumaba mi alma, se disipa y huye de mi vista: cierta luz que se me refleja de tus miradas amorosas, me rodea cual primer relumbrón de la misericordia ce-

leste para un alma extraviada; y como tus labios me digan: estás perdonada, los ángeles harán retumbar el cielo con tan benditas palabras. Mas vive tú, Azim mio: ¡ah! llamarte otra vez mio! ¡qué sueño tan divino! Vive, si alguna vez me amaste: si el volver á ver á Zelica te fuera dulce, vive para rogar por ella doblando la rodilla noche y dia ante aquella deidad á quien jamás se dirigen en vano labios puros y corazones sin mácula como los de Azim. Ruégale, sí, que por amor tuyo la perdone y se apiade de su alma, sin otra inculpacion que la de su amor hácia tí, haciéndola suya ó tuya eternamente. Vete á aquellos felices campos donde se enlazaron por primera vez nuestros tiernos corazones: cada sople que agite allí las flores que tanto conocemos, traerá á tu alma la odorifera dulzura de aquellas hoias inocentes, y tal vez sentarás de nuevo lo que entonces sentirás por tu pobre Zelica. Así tus oraciones ascenderán al cielo con todo el temprano ardor del rocío que vuela al firmamento por la mañana sobre las lúcidas alas del sol. Y si... ¡ay de mí! y si tus plegarias prevalecen; si las almas perdonadas pueden revelar la bienaventuranza de esa vida á los que amaron en esta, apareceré á tí en algun dulce sueño; sí, vendré á decirte que... mas, ¡oh cielo! me muero... adios, amor mio, adios...

Trascurrieron los tiempos: se pasaron los años, y pocos de los que en tan infausto dia habian presenciado con compasivo llanto la muerte de Zelica, y la agonía de Azim, vivian ya; cuando un venerable anciano que habia envejecido rogando dia y noche sobre una sepultura rústica cerca de las aguas del rápido Amoo, vino á arrodillarse allí por la última vez. La sombra de la muerte le rodeaba en efecto; mas un rayo de éxtasis en sus ojos y megillas iluminaba hasta la misma muerte, á manera de los últimos celajes que se dejan ver en el borde de un ocaso encendido cuando el restante del horizonte se emboza en la opacidad de la noche. Soñando habia visto su alma una vision: era aquella por quien habia rezado y llorado tantos años, que se presentó delante de él, revestida de sonrisas angelicales; y al decirle que ya era feliz, el anciano en agradecimiento dió las últimas boqueadas en las riberas de aquel rio amado, donde yace reposando al lado de su Zelica.

VI.

Lalla Rookh con su comitiva habia ya empezado á cruzar las estériles montañas que separan á Cachemira del restante de la India; y ya por lo caloroso de la estacion y los pocos acampamientos que se notaban, se dió fin á sus deleitosas tardes; sin que la princesa volviese ya á ver ni oír á Feramorz. Estaba Lalla Rookh inconsolable y abatida á pesar de la pompa y magnificencia que la seguian en todo su tránsito: ni los puros aires, ni las escenas del valle que llaman los persas *Cachemire be Nazeer* (el sin igual), podian desvanecer su melancolía. Tampoco podian disraerla sus damas, las cuales en vista de los arcos, fuegos artificiales y demás invenciones preparadas para su obsequio, le decian que el rey de Bucaria sería el marido mas ejemplar que se pudiera imaginar. El casamiento se habia fijado para la mañana de su llegada, dia en que debia presentarse por primera vez al monarca en su palacio imperial sito mas allá del lago llamado Shalimar. Ricamente ataviada segun la etiqueta del pais, entró en la falúa que debia atravesar el lago, seguida de otra en que iba Fadla-deen con sus cortinas de seda recorridas, para que todos pudiesen gozar de su importante presencia, y con la cabeza llena de los discursos que habia de dirigir al joven rey en órden á Feramorz, su poesia y el *Chabuk*, que tanta relacion tenia con ella. Ya habian entrado en el canal que conduce desde el lago á los estupendos salones del Shalimar, pasando á vista de unos jardines cuyas flores y arbustos convertian el aire en perfumes; al paso que desde el centro del canal veian unos juegos de agua que se asemejaban á columnas de diamante vistas á la luz del sol. Despues de haber pasado bajo varios arcos, llegaron por fin al mas magnífico de todos, donde el joven monarca debia aguardar la venida de su novia; pero tal era la agitacion del corazón y la figura de la princesa, que con dificultad pudo subir por las gradas de mármol cubiertas de paños de oro que debia pisar al salir de la falúa. Al extremo del salon se veian erigidos dos tronos preciosos como el de Koolburga que, segun el cálculo de Ferhista, se valuaba en cuatro millones de libras esterlinas, hecho de ébano, con planchas de oro y joyas de inmenso valor.

En uno se hallaba sentado el joven rey Alaris, y el otro en pocos momentos debia recibir á la princesa mas hermosa de la tierra. Al entrar Lalla Rookh bajó inmediatamente el monarca; pero apenas tuvo tiempo para darle la mano, se sorprendió quedándose desmayada á sus piés. Era el mismo Feramorz que veia, el joven poeta que disfrazado habia acompañado á su novia desde Delhi: el que habiendo ganado su amor como á humilde cantor, va mereció gozarle como á rey. La consternacion del buen Fadla-deen casi daba lástima; ya se desdijo de todas sus críticas, y como taimado cortesano mudó de dictámen, admirando los versos del rey, y jurando la semana siguiente en que se le confirjé otro destino, por todos los santos del islamismo, que jamás habia existido poeta mejor que el rey de Bucaria. De la felicidad de estos reyes despues de semejante principio, no puede quedar duda alguna; como que se cuenta entre otras particularidades dichosas de su vida, que hasta la hora de su muerte jamás dió Lalla Rookh otro nombre á su rey que el de Feramorz, en memoria de su delicioso viaje.

(1) *Del sol que lo descubre.* Los afganes creen que habita en cada soledad y desierto de su pais un demonio solitario á que dan el nombre de *gholee beebau*, ó espíritu del desierto; á menudo distinguen ciertas tribus salvajes y aisladas con decir, que son tan selváticas como el espíritu del desierto. *Cabul de Elphinstone.*

(1) *Las solitarias ciudades de los callados.* Todos tienen en mucha veneracion los cementerios á que dan con frecuencia el nombre poético de ciudades de los callados, poblándolos con las almas de los difuntos, cada cual sentada á la cabeza de su respectiva sepultura, é invisible á los ojos mortales.

Los oficios menudos de Paris, por Darjou.



El revendedor de billetes.



El caballo de refuerzo para los omnibus.



La cabrera.



El burrero.

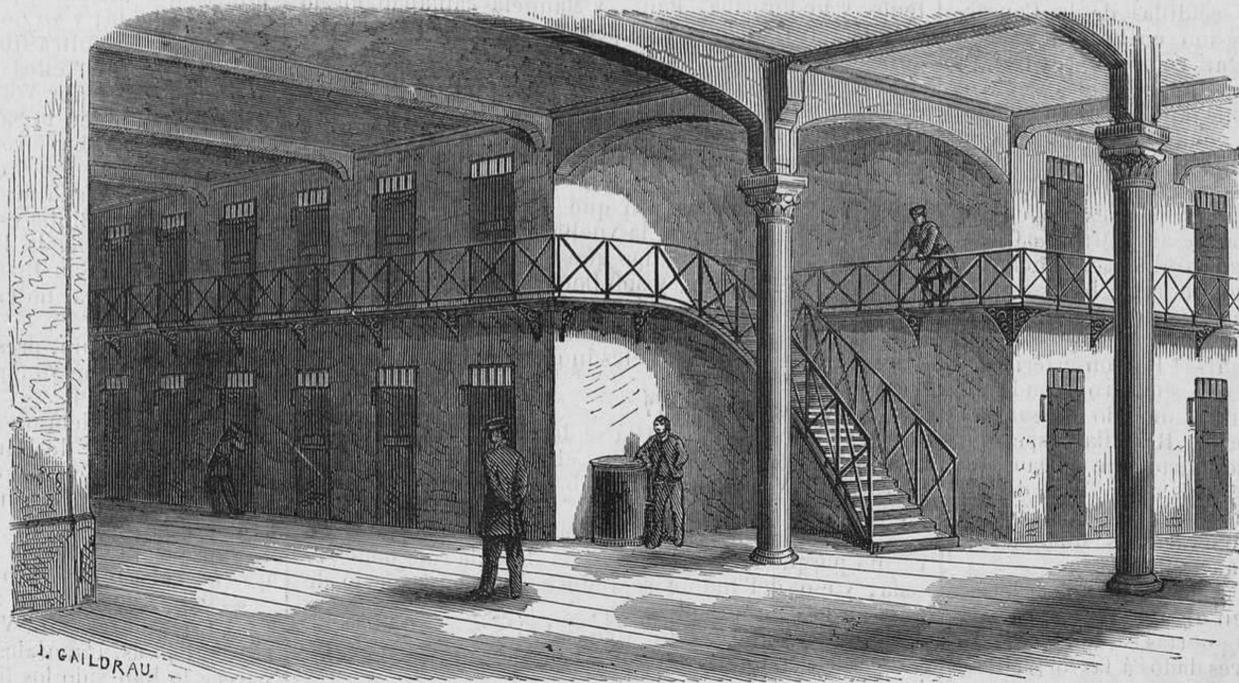
La Conserjería

Y EL DEPÓSITO DE LA PREFECTURA DE POLICÍA EN PARÍS.

(Conclusion.)

Chauveau - Lagarde, nombrado con Tronson-Ducoudray defensor de María Antonieta, describe este calabozo en breves líneas en la relación que nos ha dejado de sus entrevistas con la reina.

Hé aquí lo que dice: «Después de haber pasado dos postigos, se encuentra un pasillo oscuro, tanto que hay siempre allí luz encendida. A la derecha están los calabozos y á la izquierda un cuarto donde penetra la luz por dos ventanitas con rejas de hierro que caen al nivel del patio pequeño de las mujeres. Este



J. GAILDRAU.

Las celdillas.

cuarto, en el que encerraron á la reina, estaba dividido en dos partes por un biombo. A la izquierda de la entrada habia un gendarme con sus armas, y á la derecha estaba la parte ocupada por la reina, una cama, una mesa y dos sillas: Su Majestad vestia de blanco con la mas extremada sencillez.»

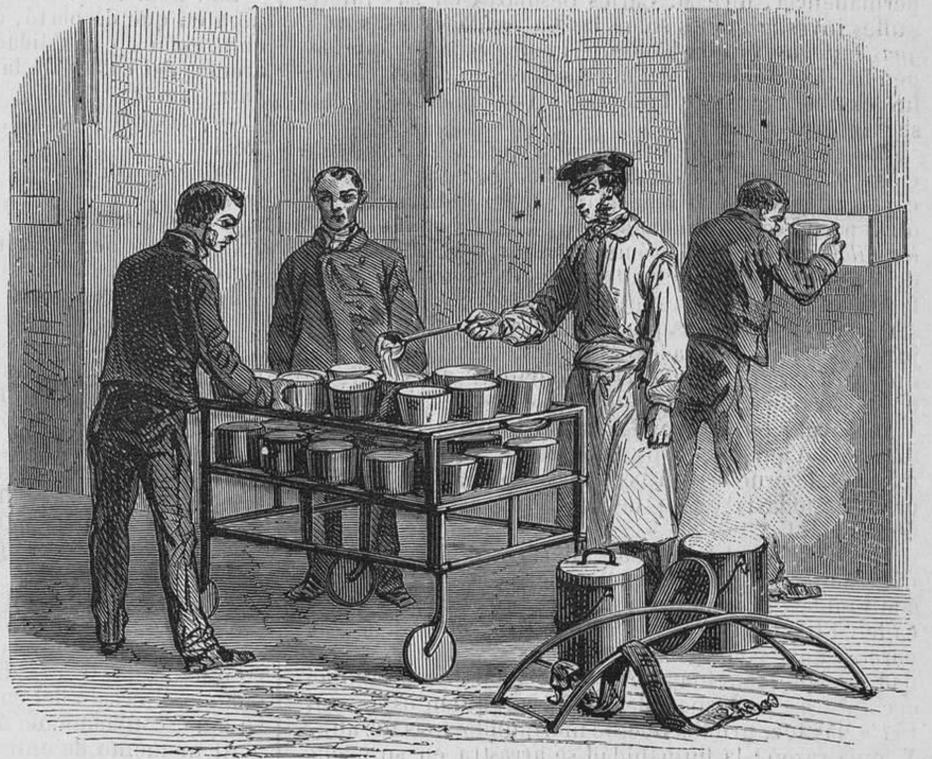
El calabozo en donde, según dicen, arrojaron á Robespierre moribundo, está contiguo á este cuarto y hoy se halla convertido en sacristía. A su lado se ve una espaciosa capilla que, según la tradición, fué el encierro de los Girondinos. Los domingos dicen misa. Esas paredes oyeron la voz de Danton cuando decía á Camilo:

—¿Lloras? ¿Pues qué será cuando la cuchilla de Sanson te corte las vértebras?



J.G.

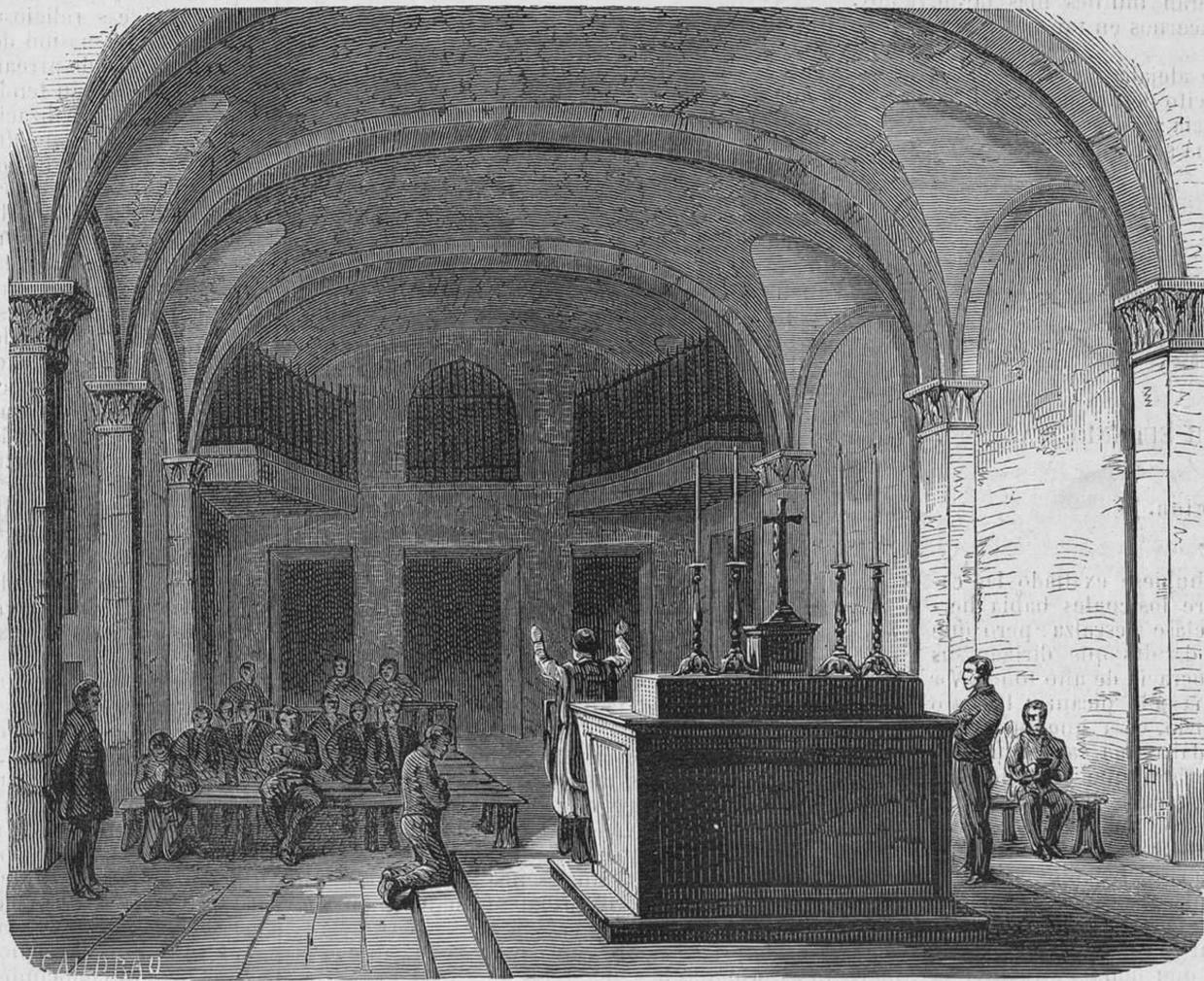
Celdillas de los presos no comunicados.



Las raciones.

En el libro de M. Hipólito Magen creo haber leído que el 2 de diciembre muchos presos (y entre ellos el autor) fueron amontonados en esa sala, que habiendo sido ya como la antesala de la muerte, fué entonces la de Cayena.

En la Conserjería debe verse todo, pues allí cada piedra tiene su historia. Por todas partes hay sangre y lágrimas. Al extremo de ese corredor, volviendo sobre nuestros pasos, se abre el antiguo préau, donde hoy apenas se ven otros hombres que algunos cocheros que por faltas leves pasan en el encierro algunas horas. En el piso bajo está el calabozo de Lavalette, únicamente falta el alero de la ventana, pues el calabozo se encuentra hoy como aquel día en que la señora de Lavalette engañó á los carceleros y salvó á su esposo. Lavalette estaba condenado á muerte y debía ser ejecutado el 24 de diciembre de 1815. Su esposa cambió de ropas con él, y en tanto que Lavalette huía ocultándose el rostro con el pañuelo como una mujer que llora, ella se



La Conserjería y el Depósito de la Prefectura de policía. — La capilla (sala de los Girondinos.)

quedaba allí en rebenes. Dos años después se volvió loca.

Más lejos hay otros calabozos, terribles, negros, infectos, que se abren en la pared como bocas de hornos. Son los calabozos de los bandidos. Yo entré allí; el que resiste un minuto sale con jaqueca. Los pensamientos que debían cruzar por el cerebro en aquella sombra, los proyectos que allí debían concebir los bandidos, habrían hecho retroceder al más valiente.

Hoy esos calabozos son inútiles: la soledad celular es más eficaz todavía.

Un carcelero me decía sonriendo:

—Ahora con el sistema celular un hombre ya no es nada para nosotros.

Hay una infinidad de celdillas en la Conserjería, casi todas ellas llenas. Está prohibido hablar á los presos, y aun acercarse á las puertas. Aquí no es como en el Depósito, donde bajo la vigilancia de los guardianes, se penetra en una especie de confesionario, por donde al través de las rejas se puede

conversar con el prevenido. Aquí el preso está incomunicado. Algunas de estas celdillas de la Conserjería son ya célebres. Un asesino entra allí y deja su nombre, ilustrando el lugar como si se tratara de una brillante memoria. La Bastide-Besplas se hizo famosa por el crimen, y hoy tiene tantos visitantes como las Charmettes. Lemaire en su celdilla se agitaba como una fiera, escupía continuamente y no dormía.

Otros recuerdos se pueden hallar en esta cárcel. Jorge Cadoudal fué encerrado en ella, y después los cuatro sargentos de la Rochela salieron de allí para el patíbulo. Proudhon y Veillot conocen también ese encierro. En la pieza donde guardan hoy la ropa blanca, vivió dos meses Luis Napoleón cuando era pretendiente y estaba preso.

¿Qué de nombres podrían citarse! La Conserjería tiene su libro de oro, libro de oro siniestro, donde los nombres se escriben con un puñal mojado en sangre. Mandrin estuvo en la Conserjería, Ravailac esperó la muerte en la Torre Bombeada, Cartouche y Damiens dejaron sus nombres en los registros de la Torre de César, donde el célebre Ouvrard, preso por delación de Seguin, debía concebir sus operaciones financieras. Louvel pasó de la Conserjería al patíbulo.

Y es muy de notar que esa cárcel de la Conserjería, que nos parece hoy tan atroz en algunas de sus partes, y cuyos negros pasillos con sus puertas cargadas de cerrojos, no menos que los nombres dados á las torrecillas, Torre de Montgomery, Torre Bombeada, etc., evocan toda la fantasmagoría de la edad media; esa temible cárcel fué durante largo tiempo la mas clemente de todas las de París. «El único encierro donde no era mortal la permanencia, dice M. Carlos Desmaze, en sus interesantes investigaciones sobre las *Curiosidades de las Antiguas Justicias*, era la Conserjería del palacio, que dependía de la morada de nuestros reyes, como Bicêtre fué casa de recreo de Francisco I. Los calabozos estaban secos y tenían luz.»

Todo un mundo de dolores se encierra en estas sencillas palabras: *Los calabozos estaban secos*. Si en esto consistía el lujo y el bienestar, ¿cómo debían vivir en otras partes los desdichados presos? *La húmeda paja de los calabozos* era verdad entonces. En ese mismo libro de M. Desmaze, se encuentran terribles y curiosos detalles, con interesantes particularidades sobre la Conserjería del palacio. Aquellos horrores de las antiguas justicias se han olvidado ya; y por comparación, harían que pareciese *comfortable* la mas lúgubre de las cárceles de nuestra época.

La revolucion destruyó aquellos instrumentos de tortura y condenó aquellos suplicios y aquellos refinamientos de crueldad en las penas. Y sin embargo, ¡cuán cruel es todavía en su necesidad ese terrible derecho de castigar!

Después de haber hecho semejante visita, el tiempo mas sombrío parece un tiempo de Italia. Se sale de allí con rapidez, se aspira con voluptuosidad el aire de las calles. El lodo de París, tan apesadado, dice Gringoire, parece suave como una alfombra de yerba. A la verdad, es un bien inapreciable el estar libre. Ignorancia, miseria, enfermedades morales, ¿quién os destruirá? «Mas luz, gritaba Goethe moribundo, mas luz aun.» Y tenía razón; la humanidad se arrastra en su noche, y la solicitan todavía todos los instintos bajos y feroces. Pero ya llegará el día, ya llega poco á poco. Estamos en la aurora.

Cerrojos y fusiles, quizás serán inútiles mas tarde. ¿Por qué no hemos de complacernos en tan bellas ilusiones?

Y entre tanto, mientras me alejaba de la cárcel oía todavía la dulce voz del pobrecito desamparado del Depósito de la Prefectura que decía:

— Papá nos ha dejado, mamá se ha muerto.

Y luego añadía:

— ¿Qué será de nosotros?

J. CLARETIE.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

No extrañemos que el licor hubiese exaltado las cabezas de los concurrentes, entre los cuales había hermosas y feos, y galanes de la clase descalza, pero que tienen sensibilidad como los dandys que dirigen sus ternuras y obsequios á la aristocracia de alto tono. Nor Dimas estaba de un genio demasiado picante; Dámaso cortejaba á Manuela como novio, cosa que no había hecho nunca; el sacristan se daba una caída por cada diez pasos acertados; don Francisco, que llegó después del baño, mandaba á la carga, tocaba corneta y hacía estallidos con la boca hablando con don Demóstenes de la defensa de Bogotá el día 4 de diciembre de 1854, y este arengaba á los de la Union, diciéndoles primores contra la dictadura. En seguida arengaba á la joven Anita para que aceptase con fe la senda del progreso. Marta no hacía mas que jugar y reirse, á tiempo que Rosa lloraba sin descanso, y que doña Patrocinio le daba á la pandereta los mas descompasados golpes.

Anita Reyes había perdido la vergüenza á don Demóstenes y lo buscaba. Paula y Manuela cantaban en la tonada versos alegres, y el pequeño prado de las lavanderas era el recinto de una chispa general, en la cual se ardian los hombres y las mujeres. Algunos se habían dado por muertos, dejándose caer entre las matas, como Simona, nor Dimas y el sacristan. El día vino á sorprender aquella orgía de los bosques y se pensó en la vuelta á la parroquia.

La grande orquesta con que los toches, cardenales y guacharacas celebran la vuelta de un nuevo día, se estaba ejecutando á tiempo que la gente marchaba por el camino del bosque, y don Demóstenes, que iba junto á Manuela, le dijo:

— ¿Sabes por qué lloraba Rosa?

— ¿Porque la regañó Celestino y se fué al baño de la Víbora.

— ¿Y sabes el motivo?

— Por celos con Vd. Allí se las haya. Le hizo unos cuantos cargos, y entre ellos el de haberla visto conversar con Vd. y darle un abrazo en el monte del Retiro.

— No tiene motivo ese miserable: yo la trato con cariño porque le debo el servicio de haberme dado posada; y eso del monte se reduce á que me sirvió de guía en el camino del Retiro.

— Pues yo no sé, pero algo habrá.

— Nada, Manuela. Eso no es sino el espíritu de intolerancia, nada mas.

Después que las gentes llegaron á la parroquia, muchas personas se fueron á las estancias y otras desaparecieron, yéndose á dormir á sus casas.

Don Demóstenes se acostó en la hamaca, y á las diez, hora en que despertó, extrañó el silencio que reinaba en la cocina y la calidad del aire que no le trasmittía los aromas del café y de la arepa, y se paró en la puerta para llamar:

— ¡Caseras, Pachita, Ascension, Manuela, doña Patrocinio!

Nadie le contestó, y esforzando la voz un poco mas gritó:

— ¡José, Ayacucho!

Los pavos fueron los únicos que tuvieron á bien responder, porque estos animales responden á todo ruido. Fuése á la cocina, y su pena se aumentó al ver que la ceniza estaba fria. Volvió á la sala, y de allí se acercó á las camas de sus caseras y las encontró igualmente frias. Se trasladó á la casa de Marta á pedir chocolate, y se quedó admirado de verla dormida en la mitad de la sala, sobre un cuero de novillo y sin mas almohada que el brazo de Manuela, la cual parecía que soñaba con alguna imagen hermosa, porque sonreía. Contempló por un segundo aquel cuadro de la belleza entregada al descanso y al abandono, y se fué á ver si encontraba los católicos dando culto al santo de su mayor devoción en la iglesia; pero se quedó admirado de hallar cerrada la gran puerta verde. Estaba pensando si el pueblo entero habría desaparecido como desaparecieron algunas veces las fundaciones de los salvajes del Orinoco ó del Meta, ó si se habrían ido todos á la montaña, cuando el criado del cura le dió un recado de parte de su amo, convidándolo á almorzar en su casa.

Al momento de entrar don Demóstenes á la casa del señor cura sirvieron la sopa, y le dijo al caballero:

— Acérquese, don Demóstenes. Yo tengo mucho gusto de que Vd. me acompañe en un día grande como es hoy.

— Mil gracias, señor cura, dijo don Demóstenes, con una vènia.

— Siéntese Vd., y dispense todas las faltas. Ya usted sabe lo que es una parroquia de estas. Todo se halla en el mayor atraso.

— No tenga cuidado, señor doctor, Vd. debe tratarme con toda confianza.

— ¿Y qué le parece á Vd. la celebracion de San Juan Bautista?

— He notado mucho entusiasmo; pero me parece que en esto hay algo de fanatismo y supersticion.

— Fanatismo, no me parece, dijo el cura meneando la cabeza: nuestros pueblos no son fanáticos, sino indiferentes. Supersticion sí, porque en medio de tanto fervor por el Bautista, ni misa han oido. Yo fuí á decirle esta mañana, y no hubo un alma que me la oyera. El sacristan vino cruzando las piernas, y le hice cerrar pronto la iglesia. Pero vea Vd., en Europa hay supersticiones sumamente ridículas: los montañeses de Escocia y los marineros de Inglaterra creen en mas ridiculeces que mis parroquianos. Hoy está la gente durmiendo... Vaya una copita de Jerez, don Demóstenes, que esto no es de todos los días.

— Mil gracias, señor cura.

— Vea Vd., dijo el cura cuando retiraron el plato, estos pastelitos, así con sus florecitas y sus ramas de perejil, son regalo de la Patrocinio; y este tamal es hecho en la casa por las manos de Juana.

— Está muy bueno el tamal, á pesar de que yo no soy afecto á ninguna de la especie del género bollos.

— Esta familia es dilatada: bollos insulsos, bollos comunes, bollos de quiche, bollos de mazorca y otros tantos, dijo el cura, y parece que las distinguen por las hojas en que los envuelven. No hay como hablar con los naturalistas. Pero vaya esa otra copita, por el día grande que festejamos. ¡A una, señor don Demóstenes!

— ¡Hurrah! dijo don Demóstenes; yo tambien soy devoto de San Juan.

— No me parecía, dijo el cura, porque Vd. ni es católico ni es protestante.

— ¿Por qué, señor cura?

— Católico no, porque Vd. me lo dijo con franqueza; protestante tampoco, porque ningun volteriano puede ser protestante; y yo no comprendo por qué los ilustrados del partido ultra-liberal quieren que seamos protestantes, porque ellos mismos no pueden serlo. Los que siguen al señor Voltaire y á los señores enciclopedistas, no admiten la Sagrada Escritura, y sin la Sagrada Escritura no hay protestantismo posible. ¿No ha visto Vd. que de ciento ó doscientos ultra-liberales no se han inscrito todavía ninguno en los libros del ministro protestante? La Biblia es el culto de los protestantes, leer la Biblia, entender la Biblia, deducir principios de la Biblia. Y como San Juan Bautista es un personaje de la Sagrada Escritura, no creo que Vd. sea devoto de San Juan.

— Sí, señor cura, prescindiendo de controversias, le aseguro á Vd. que yo tambien celebro el aniversario de San Juan Bautista.

— Nosotros celebramos á San Juan Bautista por haber sido el precursor de Jesucristo y por haber sido mártir de la fe. Su cabeza fué cortada por un tirano, de manera que tambien es uno de los mártires de la libertad. ¡Oh! de la libertad del mundo, que gemia bajo el centro del paganismo, que daba espectáculos de sangre y que adoraba mujeres, bueyes y cebollas.

— Pero este culto de San Juan...

— Estas fiestas, dirá Vd., estas fiestas son enteramente supersticiosas, inmorales muchas ocasiones, como me parece lo han sido los baños de Sinforiana y de Patrocinio. El pueblo recuerda la cortada de una cabeza en la cortada de la cabeza de un gallo, pero tiene perdida la historia y se entrega á los actos mas ridiculos y poco decentes, como el baño de Patrocinio, del cual me han contado cosas bien tristes, si es que no se han equivocado.

— Y siendo esto así, ¿por qué la iglesia no corrige este abuso?

— Porque está arraigado en una costumbre de origen remoto, porque es una tradicion popular, que se resiste á las amonestaciones. Yo he predicado sobre esto algunas veces, y pienso volver á predicar á propósito del baño de Patrocinio.

— Entonces el poder civil debería contener el abuso de un modo eficaz.

— Por la persuasion, es decir, por la imprenta; pero hay lá desgracia de que los pueblos mas decididos por la corrida de gallos son los que menos leen. Vamos, no me desaire Vd. los pastelitos, que son de las manos de sus caseras.

— Están excelentes, señor cura. ¿No le parece á usted que la autoridad suprema debería contener el uso tan supersticioso como cruel del patíbulo de los gallos y de esas diversiones que se le agregan?

— Como el baño de la madrugada, dirá usted.

— Todo. Mandar que no se corran gallos.

— Pues no se puede. En una república no se puede legislar ni contra los usos religiosos, ni contra los usos supersticiosos, porque los legisladores son el pueblo y no pueden legislar contra si mismos, esto es, porque ninguno se quiere dar con una piedra en los dientes. Y un congreso que legisle contra la voluntad del pueblo soberano es un congreso de tiranos, y es peor la tiranía de muchos que la de uno solo. Yo no comprendo por qué pretendería una milésima parte de hombres de ideas exageradas ó no exageradas, dar leyes contrarias á la voluntad de dos millones de habitantes en una república, así como comprendo que un tirano si puede quitar las ideas religiosas y supersticiosas de sus vasallos con la persuasion de las bayonetas, donde los vasallos son fáciles de arrear como las ovejas. Así es que las fiestas de San Juan tendrán que durar todavía por muchos años. La civilizacion, señor don Demóstenes, la civilizacion es la que disipa las malas ideas: moralicemos á los pueblos, no los mortifiquemos.

— ¡Civilicemos, señor cura! Esta es la doctrina de un buen radical; nada de bayonetas. ¡Brindo por la pronta civilizacion de la república de la Nueva Granada!

— ¡Muy bien, muy bien! Siento que Vd. no haya profundizado un poco mas las interioridades del tamal, pues habria visto que este es el *omnibus* de los bollos; aquí encuentra Vd. pollo, gallina, garbanzos, longaniza, cebolla, carne de cerdo, de cordero, etc., y tiene el mérito de ser nacional, tan nacional como el ajiaco. Yo le soporto á la pobre Juana muchas impertinencias porque se pinta para las arepas y los tamales, y los sesenta años no la arredran para servirme con voluntad. Tengo el gusto de servirle esas presitas de pollo sudado. ¡Oh! no hay quien haga un pollo sudado como la pobre de Juana. Tengo mucho deseo de que la conozca Vd. Y volviendo al baño de Patrocinio, yo siento tener indicios de que alguna persona civilizada...

— Quiero hablar con franqueza, dijo entonces don Demóstenes; como yo escribo mis articulitos de costumbres...

— ¡Santo Dios bendito! exclamó el cura cogiéndose las sienas con ambas manos; ¡adios de Juana y los tamales, adios de los pastelitos de Patrocinio!

— ¿Por qué se asusta, señor cura?

— ¿No me he de asustar, cuando los escritores de costumbres no le dejan hueso sano al que cogen por delante? Porque si uno no los cuida, malo; y si uno los cuida tambien malo; porque en este segundo caso van á llenar las escaseces de los periódicos con tres ó cuatro columnas de un cuento que llaman costumbres, en donde van á figurar por todo el mundo las miserias, los gustos ó los caprichos de la víctima de sus jocosidades. Así va al conocimiento de todas las naciones que leen el vestido de la criada, la mayor ó menor limpieza

de los manteles, la abundancia ó escasez de los potajes; y el mundo ha de saber si los huevos estaban fritos por el estilo del tiempo del señor Amar, ó por el estilo de la Rosa Blanca; si las papas estaban asadas en el horno, ó si estaban cocidas formando la base del *totum de revultis* que se llama puchero; ó si la mesa so sirvió por el estilo colonial, ó por el estilo moderno. ¡Ay de los pastelitos de Patrocinio! ¡Ay de Juana y de sus arepas! Y yo lo que siento es no poder escribir uno de esos artículos, porque cuando he estado en la capital ha dado la casualidad de que ninguno de los escritores de costumbres me haya convidado á ver esas comidas, y esas despensas, y esa abundancia de la bodega, y el aseo de esas criadas que no salen del segundo patio. ¡Ay del cura de la parroquia y de su almuerzo del día de San Juan!

— Por mi palabra, señor cura, le ofrezco á Vd. que mi pluma no tocará con la casa de usted.

— Mucho se lo agradeceré, porque ya Vd. ve los inconvenientes que hay en los pueblos y las haciendas para poder asistir á cualquier bogotano que lo quiera favorecer á uno con su presencia. Y bien, ¿qué era lo que usted quería dar á entender con aquello de «como yo soy escritor de costumbres?»

— Que yo si vi con alguna atención el baño de mis patronas, para criticarlo en uno de los periódicos.

— ¿Usted? ¡Válgame Dios!

— ¿Pero qué iba á hacer? Me han llevado por la fuerza.

— ¿Lo han hecho levantar á las tres de la mañana?

— Y me han lavado por la fuerza.

— No lo creyera yo de Manuela, que nunca ha dado su brazo á torcer. ¡Y á nombre de San Juan! ¡Oh! tiene Vd. mucha razón, señor don Demóstenes, para censurar estos abusos. ¿Con que han abusado de la bondad de Vd., lavándolo por la fuerza? ¡Oh, y cómo lo siento! ¡Y cómo siento los escándalos que tienen lugar con estas extravagancias!

— Muy aromático me parece el café del señor cura, dijo don Demóstenes al tiempo que el criado lo servía.

— Y es de la huerta de casa, contestó el párroco.

A poco rato se levantaron de la mesa muy alegres y satisfechos los dos personajes.

Tal vez el lector se admirará de ver tanta armonía entre un cura piadoso y un radical despreocupado, y tal vez se revocará á duda la escena de las jocosidades del perro, la mula y el cordero, y la muy amable sociedad que mantenían en la plaza de la parroquia, no siendo ni de familias parecidas, se convencerá de que es muy filosófico el adagio que dice: *necessitas caret lege*, que un mal gramático tradujo: la necesidad tiene cara de herege. Porque á la verdad que ni el cordero contaba con una manada cerca, ni la mula podía ir á buscar las recuas de las otras mulas.

Después del almuerzo se dirigió el bogotano á la posada, y viendo que en toda ella no había nadie con quien hablar, se acogió al asilo de su anchurosa hamaca y en ella se puso á leer; y estando muy engolfado en la lectura, se acercó Marta en puntillas, y rapándole de las manos el libro, le dijo:

— Hoy no se lee, hoy se canta, se grita, se baila.

— ¿Y si uno está triste?

— Esto es lo que no puede ser, en día de San Juan.

— ¡Qué delirios!

— Y vengo á que me dé mi San Juan.

— No entiendo.

— Cualquiera cosa, un recuerdo para tenerlo presente.

— ¿Recuerdo de qué?

— Usted sabrá. Lo que quiera.

— Un trago de Oporto, ¿te conformas?

— Cualquiera cosa que venga de sus manos.

— Ve á traer una botella que está sobre la mesa de mi alcoba, la copa y el tirabuzón.

Marta obedeció, y ambos tomaron un trago; pero don Demóstenes se volvió á entrar á sacar de su baul un alfiler con una rosita de oro, para dejarle un recuerdo de San Juan á la bondadosa prima de Manuela; y habiéndose dilatado un minuto, halló dormida entre la hamaca á su visitadora, y volviendo á tomar el libro continuó la lectura, sentado en la puerta, después de haber recostado la silla jesuítica en forma de puente ó cama, cosa que no aguantan los taburetes modernos.

Al cabo de un cuarto de hora llegó Manuela, y dijo á don Demóstenes que su tía Visitación le mandaba decir que le hiciera el honor de asistir á la corrida de un gallo y á la merienda de su San Juan en el platanal de la Quietud.

— Iré á la tarde. Dile que le agradezco mucho.

— Pero es ya. Y que no hay aquí que comer hoy.

— ¿Y qué hacemos con Marta, que está dormida en mi hamaca?

— Si es ella, la despertamos.

Es imposible que el amable lector se figure todo el trabajo que costó despertar á Marta. Su prima la levantaba en los brazos, pero ella volvía á caer sobre la hamaca como privada, y aunque le gritaba no respondía. El tiempo pasaba, y si Manuela no hubiera tenido la ocurrencia de hacerle cosquillas en los pies, ahí le hubiera amanecido. Marta tenía un sueño proverbial, porque ya había sucedido que la pasasen de una cama á otra sin que se despertase; y ahora había el triple motivo de la trasnochada, el baño y la copa de Oporto.

Al fin despertó la víctima de Morfeo, miró para todas partes y llamó á doña Visitación, creyendo que se estaba levantando de su cama; luego que estuvo completamente despierta, don Demóstenes le regaló el alfiler como recuerdo del San Juan de 1856. De allí salió este

con las dos primas y se dirigió al platanal de la Quietud. El cura iba para allá y se juntó con él y otros varios vecinos.

La llegada del señor cura fué anunciada con cohetes, música y los gritos de ¡San Juan, San Juan! Don Demóstenes exclamó al llegar al pequeño patio de la choza rodeado de matas de plátano:

— ¡Viva San Juan Bautista! ¡Viva la república! ¡Viva el cura!

La mesa era un planito circundado de matas de plátano, cuyas hojas undulaban sobre una choza de paredes y techo de palma, y de puerta de guadua picada. Las hojas del mismo platanal servían de mantel y sobre ellas figuraban varios plátanos con papas cocidas, y otro con un cocido de yucas, plátanos y ahuyama. Una lechona ocupaba el primer lugar, luego seguían las gallinas y capones, algunas ensaladas de palmito, de cañabrava y de palmichas, y una bandeja de arroz seco. Los licores eran guarapo y chicha. La alegría de la comida ó merienda estaba neutralizada por el respeto á la moderación. Al doctor Jimenez lo respetaban todos sus vecinos, porque no era de aquellos que mandan hacer una cosa en sus sermones, haciendo ellos lo contrario. Todos los convidados que formaban el primer círculo en rededor de la mesa y todos los que formaban el segundo, eran gentes de la clase descalza; de la aristocracia de los zapatos no había sino don Demóstenes y el cura.

Después de la comida seguía la matanza de gallos; pero á esta no se quiso esperar el bogotano, y antes bien convidó al señor cura á dar un paseo al charco del Limonal, que deseaba conocer.

Los dos personajes se volvieron á la parroquia después de su paseo, mientras el pueblo se entretenía con el espectáculo de un inocente gallo sangriento.

Al frente del platanal de don Francisco, en un pequeño prado no muy bien nivelado ni limpio, se hallaba sepultado el supremo del gallinero de la señora Visitación; pero su cabeza sobresalía de la tierra, estando destinada á sufrir las iras del pueblo. Junto se hallaba ñor Dimas sosteniendo un palo de unas tres varas de largo; á la espalda estaba tocando el torbellino toda la banda de tiples y guacharacas. El pueblo rodeaba de cerca el patibulo; había también algunas madres con niños, y algunos inválidos y curiosos que miraban desde una altura la escena.

Dámaso Bernal, el estanquero Velazquez, el juez segundo y el sordomudo esperaban junto al gallo la persona que quisiese cortar la cabeza. Se presentó doña Patrocinio, ágil y risueña, á pesar de su gruesa mole, y le vendó su futuro yerno los ojos con un pañuelo. Le pusieron en la mano un palo en lugar de sable, y la música se fué retirando del sitio en que estaba el gallo; lo mismo hizo ñor Dimas, llevando el palo y fijándolo en otra parte. La señora Patrocinio dió unos pasos y comenzó á dar golpes sobre la grama, hasta que dió con el palo del ciudadano Dimas, y creyendo que había hecho pedazos el gallo, se destapó los ojos; pero fué solo para conocer que sus pasos habían sido perdidos. Se llenó de rabia cuando se halló con un palo en lugar de sable. Siguió Marta y no tuvo mejor suceso que su tía, aunque tuvo la precaución de coger el machete en

la mano antes de que le tapasen sus hermosos ojos. Paula fué la tercera, y esta hubiera acertado si el zorro de ñor Elías no le hubiera puesto el palo dos varas antes de llegar al lugar en que estaba el gallo. A la tímida Anita no la pudieron reducir Marta y Paula á que se dejase vender, por la vergüenza que tenía del público; y siguieron otras mas valerosas, pero tan poco diestras como las primeras. Siguió Manuela.

— Esa si acierta, gritó uno, porque para ella no hay dificultades.

Partió graciosa, bella, encantadora, y con paso firme fué á dar al palo y por él se siguió para dar tres golpes, con los que voló la cabeza del gamonal del gallinero. Los gritos de ¡San Juan, San Juan! hicieron retumbar los aires y las colinas.

Es de sospecharse que Dámaso, al vender á su amada, no le hubiese apretado demasiado los ojos, y que Manuela, aprovechando la ocasión, se lució cortando una cabeza como Judit cortó la de Holofernes.

Los hombres desenterraron el cadáver, se empezaron á dar gallazos, á correr, á despedazar los cuartos, á untarse de angre y untar á las muchachas, menos á Anita, á quien respetaron por su ceño escrupuloso y por su aspecto de dignidad. La dignidad siempre salva á las mujeres.

No hubo corrida de á caballo, porque en la parroquia, por lo comun, no se andaba sino en mulas.

En la estancia de mas arriba se hizo la corrida ó matanza de gallos del partido tadeista, con un ruido extraordinario. Se dijo que Cecilia había estado muy alegre, que había hecho gastos muy grandes, lo que pareció fuera del orden, por estar don Tadeo en trabajos; pues no todos sabían las sombras y los misterios que ocultaban los amores de la hija de la Vibora.

El baile correspondiente á la función de los manuelistas tuvo lugar en otra estancia, al cual fué don Demóstenes un poco tarde, y solo por condescender con sus patronas. Marchó acompañado de José, quien había dormido mucho, y ya se había presentado á tomar servicio; y lo mismo Ayacucho, que no había acudido á los llamamientos de su amo. En el baile estaban algunos hacendados, que se habían ido al San Juan de los manuelistas, después de una gran comida que dió don Blas en obsequio de San Juan, sus profesores y de su futuro yerno, don Narciso Correa. Los que se hallaban en dicho baile eran don Eloy, don Leocadio, don Juanuario y don Lucinio, y con ellos andaba el doctor Ramirez, cura de una de las parroquias del cañon.

La vocería y el tumulto de la estancia no tienen comparación con nada de esta vida. Música, cohetes, exclamaciones de alegría, algazara de todo un partido triunfante, locura, en fin, de hombres y niños, de viejas y muchachas, de casados y solteros, de negros y blancos. Don Demóstenes fué agasajado á su llegada por las patronas de la casa y obsequiado con mistela de azafran y arepitas batidas. Manuela y Marta lo invitaron á bailar, y Paula le presentó á su primita en el puesto. La sala estaba que apenas daba un hueco pequeño para las parejas, no obstante que en el patio también se bailaba. Anita fué despojada de su mantilla y entregada á don Demóstenes, quien le tomó la mano con su derecha, y al ponerle la izquierda en la cintura, sintió que se le deslizaba como un pescado vivo. No obstante, Manuela, que había concurrido, la sostuvo, y bien asegurada la tímida Anita por las manos de don Demóstenes, fué conducida á remolque, al ruido de la música, queriendo bailar Strauss don Demóstenes y haciendo ella algo de su parte, mas por condescender que por natural afición al baile. Una vuelta había alcanzado á dar, pero tratando el diestro galan de allegar su pareja hacia su cuerpo y cogerla como lo prescribían las reglas que estaban en boga, Anita dió un sacudimiento y un grito, y se fué corriendo á meter en la alcoba. Era que la estanciera tenía mucho mas pronunciadas las cosquillas que la discípula de don Demóstenes.

Marta salió y bailó un Strauss que dejó admirados á todos, porque ella se movía con soltura, llevaba el compás con esmero y daba al baile los visos de deleite y amor que le corresponden. Siempre los aldeanos de las estancias retiradas tienen algo malo que imitar y que admirar de la civilización de los cortesanos ilustrados. Sin embargo, la madre de Anita y sus hermanas no quedaron gustosas: hay en el pudor innato de las verdaderas aldeanas una clase de resistencia que cuesta tiempo y esfuerzos para vencerlo. Después de todo esto siguió el torbellino, la caña de los campesinos; las chanzas, los licores y los gritos sostenían la función cada vez mas animada. Dámaso bailó con su amada un bambuco de lo mas esmerado, y siguieron otras parejas que también parecían de novios. Rosa salió al puesto, pero triste, porque tenía motivos para ello.

La noche estaba calorosa y salían á tomar fresco á los corredores bajo los alares ó los árboles, los que necesitaban de desahogo. Don Demóstenes se había salido y se estaba paseando sin sombrero en un trecho de pocas varas que había entre la línea de los bosques y los alares de la casa. Había reparado en una luz del lado del Botundo, y figurándose que saldría de la cocina de Nua Melchora, exclamó en voz alta:

— ¡Oh Pia! Con qué corazón estarás oyendo los golpes de la tambora y el ruido de los cohetes desde el retiro adonde te condujo la maldad de un señor dueño de tierras! ¡Tú gimes y suspiras en una choza en el corazón de la montaña, mientras que se grita ¡San Juan! y se baila en una estancia encantada por los placeres!

— ¿Qué tiene, don Demóstenes? ¿Está loco? Le dijo Manuela acercándosele.

— ¡Pobre Pia! Continuó diciendo don Demóstenes sin

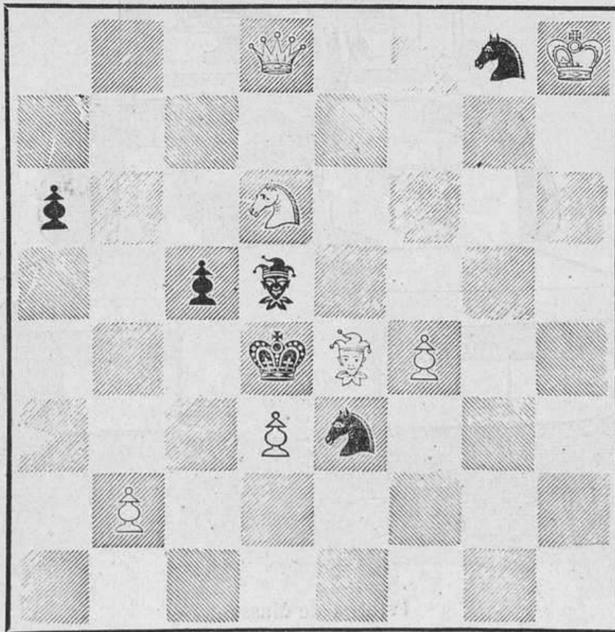
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 286.

- 1 R 5ª R
- 2 A 2ª CRª
- 3 C 3ª R
- 4 P 4ª A jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 287. POR M. W. ENGELHARDT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

atender, ó sin oír á su casera.

— Póngase el sombrero, mire que el sereno de aquí es malísimo, y les hace perder la chabeta á los enamorados.

— Deseo un poco de fresco.

— Venga allí á la sombra de los higuerones, que allá hay buenas muchachas, allá hay amor. Quitese de la luna, que eso no se queda sino para los jubilados. No piense mas en Clotildita, que ella está enajenada.

D. Demóstenes siguió maquinalmente los pasos de la encantadora Manuela por una senda que la claridad de la luna no alumbraba, y dió de repente con unos grupos de gente que estaban debajo de la sombra de un higueron, cuyas raíces levantadas de la tierra brindaban asientos, y cuyas ramas dobladas hacia la tierra daban anchurosa sombra.

Rosa, Paula y Anita eran las otras cintureras que gozaban allí del fresco, la quietud y el silencio, mientras que los cohetes y los gritos no descansaban en el patio y la sala de la estancia. Al cabo de media hora volvieron á la sala.

Todos los blancos se retiraron á las tres de la mañana, pero la gente descalza continuó en sus diversiones hasta las seis.

Don Demóstenes se fué para su posada, sin mas compañía que la de su fiel amigo, el juicioso Ayacucho, y se acostó en su catre, sin volver á despertarse hasta que le dió Manuela los buenos días; esta se bajó de la estancia con las buenas intenciones de hacerle de almorzar. El huésped se quedó pasmado de ver á su casera ojerosa, descolorida y macilenta, y le dijo:

— Bienvenida seas, que se hallaba la casa triste y silenciosa como un cementerio.

— Por eso me vine á darle su almuerzo y á ver cómo anda todo.

— ¡Pero Vds. se tiran á matar con esas trasnochadas tan crueles!

— Y todavía falta el San Eloy, San Pedro y San Pablo, que son días de bailar.

— ¡Cáspita! Lo que me admira es que Vds. no se caigan muertas bailando.

— ¿No ve que para eso es San Juan?

— ¿Y Marta?

— Firme todavía. Está ronca de cantar, tiene los ojos con sombras azules de no dormir; pero está firme, y á la hora que tocan está lista.

— ¡Caramba, que esto es mucho apurar. ¿Y Rosa?

— Está un poco tristonera, ¿me lo cree?

— ¡Vaya, vaya con las niñas!

— Pero lo dejo, porque me voy á verle su almuerquito.

Don Demóstenes se salió á leer en su hamaca; cuando vió que eran las once y que no tendían la mesa, se fué á la cocina con pretexto de encender su cigarro, y se quedó verto de asombro al ver á Manuela dormida, con la cabeza clavada sobre la piedra de moler y con la mano de la piedra cogida con sus dos manos, teniendo los brazos muy extendidos. Se acercó y le gritó en el oído:

— ¡San Eloy, Manuela, San Eloy!

Manuela levantó la cabeza, se echó á reír y se dedicó con todo empeño á subsanar el tiempo perdido. Ascension no parecía con el agua, y cogiendo Manuela unos calabazos, se fué á la quebrada y allá encontró á la peona dormida junto del lavadero.

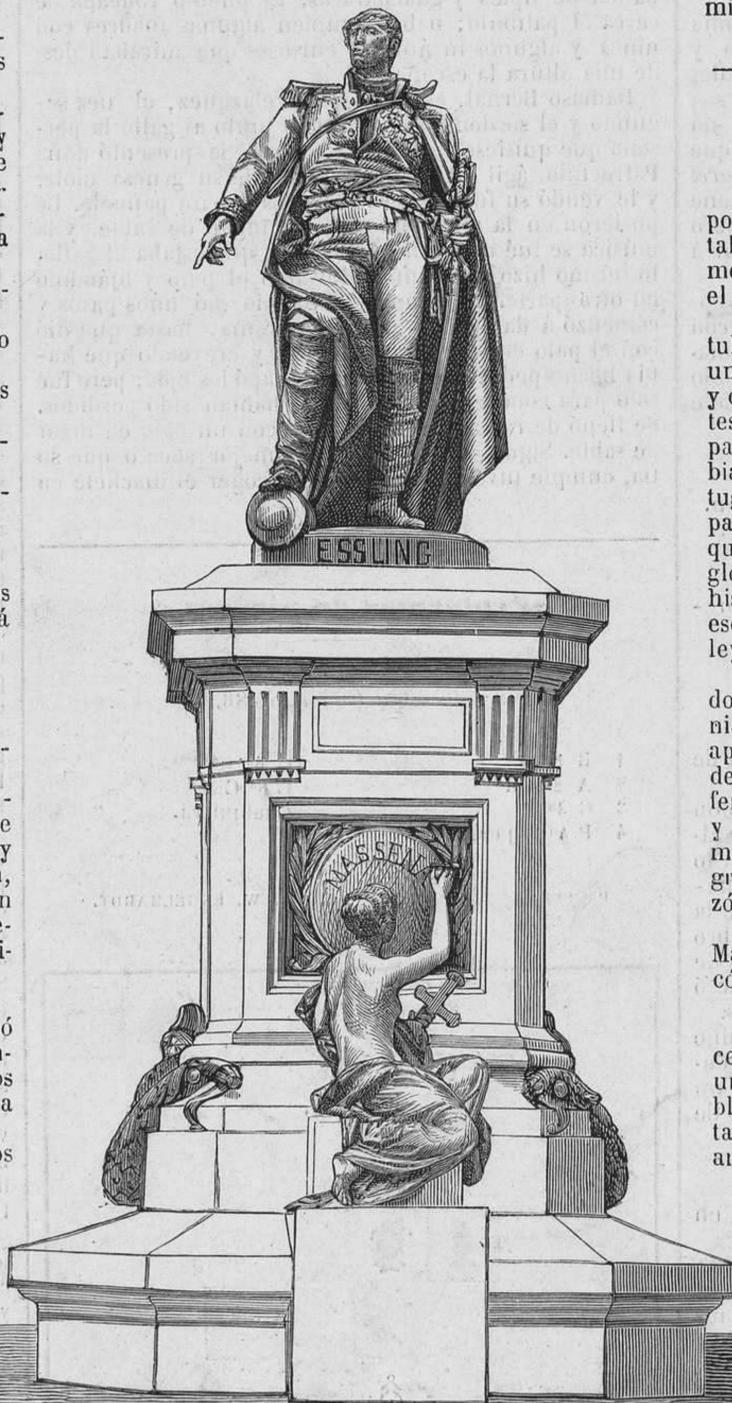
Las sombras de la noche empezaban á cobijar los matorrales que rodean la casa de Malabrigo, á tiempo que dos mujeres conversaban tristemente sentadas en el alar de la miserable casa que ya el lector conoce. Una de estas mujeres estaba peinando á la otra, y despues de un largo silencio le dijo:

— ¡Cuántas canas de estas mismas que le estoy peinando le habré hecho criar yo, mamá!

(Se continuará.)



Iglesia de Boulogne de la Sena.



Estatua de Massena.

Iglesia

DE BOULOGNE DEL SENA EN

EL SIGLO XVI.

La iglesia de Boulogne es uno de los edificios religiosos mas célebres de las cercanías de Paris. Construida á principios del siglo XIV, tuvo siempre por protectores los mas altos personajes. En estos últimos años se clasificó en el número de los monumentos históricos, y por lo tanto fué restaurada cuidadosamente. Nuestro dibujo representa esta iglesia con el aspecto que tenia en el siglo XVI.

El pueblecito de Boulogne, donde se halla situada, cuenta 18,000 habitantes, y tiene magníficas escuelas, una biblioteca comunal con dos mil volúmenes, una sala de asilo fundada por medio de una suscripción local que produjo mas de 10,000 frs. en algunos meses, una sección de la asociación filotécnica, una socie-

dad de socorros mútuos y otra porción de establecimientos no menos útiles. P. P.

La estatua de Massena.

El niño mimado de la victoria, como le llamaba Napoleón I, Massena, no tenia una estatua en su país natal; pero al fin se ha reparado este olvido, y últimamente se ha inaugurado en Niza con toda solemnidad el monumento que figura en nuestro dibujo.

El hombre que prefería el apellido paterno á sus títulos de duque de Rivoli y de príncipe de Essling, es una de las principales figuras militares de la República y del Imperio. En todas las páginas de aquella gigantesca epopeya se encuentra ese nombre, y por todas partes es sinónimo de victoria. Los soldados que le habían visto en Suiza, en Italia, en Alemania y en Portugal tenian una confianza ilimitada en Massena, pues para ellos personificaba la revolucion triunfante. Así es que los que han quedado de aquellos tiempos, restos gloriosos que desaparecen cada día, han transmitido una historia oral cien veces mas pintoresca que la historia escrita en los libros. En esas relaciones Massena es una leyenda.

Citemos un hecho, por ejemplo, la batalla de Zurich, donde Massena se mostró mas heroico que nunca. Tenia á su frente á Souwarow y á los rusos que hacian el aprendizaje de lo que debían llevar á cabo quince años despues. Secundado por Soult y Lecourbe, Massena defendió los pasos del Linth como estrategista consumado, y dió la gran batalla de Zurich á su hora, en el momento oportuno para sacar el mejor partido de la sangre derramada. Su victoria salvó las fronteras y rechazó al extranjero lejos del suelo sagrado de la patria.

Por esto, con mas razon que nadie, podía responder Massena cuando Berthier le preguntaba con envidia cómo se obtenían las condecoraciones:

— Señor mariscal, ganando batallas.

La estatua, obra de M. Carrier-Belleuze, es de bronce. El mariscal está en pie, con la cabeza descubierta, una mano apoyada en el sable, que los generales republicanos preferían á la espada, y un pie sobre la culata de un cañón. Parece que está repitiendo su famosa arenga de Essling á los soldados que se desbandaban ante el terrible fuego del enemigo:

— ¡Tunantes! No teneis camisa que poner y yo tengo millones, y me dejais solo expuesto á las balas. ¡Granaderos, adelante!

El bronce está sobre un alto zócalo, y en su cara principal hay un medallón de mármol orlado de laureles, en el cual la Historia graba un nombre: MASSENA. Con efecto, este nombre solo dice mas que todas las inscripciones.

J. B.